REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI | San José, Costa Rica **1933** Sábado 3 de Junio | Núm. 21

Año XIV. No. 637

SUMARIO

Un apologista cristiano

= Sacado del volumen 37 de las «Obras Completas» de doña Emilia Pardo Bazán: *La Literatura francesa moderna. El Romanticismo.* «Renacimiento». Madrid. =



Federico Osanam

Madera de *Salazar Herrera*

Hay un género de belleza sentimental en el catolicismo que no se había percibido hasta la época romántica, aun cuando floreciese desde muchos siglos antes. Los que crearon el arte de la Edad Media, trovadores, arquitectos, cronistas, escultores vidrieros, imagineros, tallistas, forjadores, pintores; los que elevaron esos monumentos que hoy nos parecen una Divina Comedia que escribe en piedra su profundo simbolismo, ¿sentirían como nosotros; comprenderían así, por un estilo tan hondo y delicado, la expresión de lo que ejecutaban? Misterio que no aclararemos jamás. Lo cierto es que en la Edad moderna, desde el período romántico, esa forma del arte se ha revelado a nuestro espíritu, y ha suscitado en él ideales antes desconocidos y nuevas tendencias. No solamente produjo esas nuevas tendencias, sino que se hincó tan adentro en algunas almas, que, por decirlo así, las formó a su imagen y semejanza, imbuyéndolas de la melancolía hermosa que nace de la religiosidad estética, y es como la nostalgia de un cielo soñado. Almas tales son almas de poeta, aunque hayan escrito en prosa; y entre ellas contamos a Federico Ozanam (1).

El apologista cristiano que acabo de nombrar pertenecía a una familia de origen israelita; es decir que era de raza religiosa. Si Lacordaire fué un convertido, Ozanam mamó con la leche los sentimientos de piedad y devoción. Nacido en Milán en la época del destierro de su padre, se educó en Lyon, y aprovechó las enseñanzas de un sacerdote ilustre, que desarrolló los gérmenes ya vivos de su fe: no la fe del carbonero ni la del fanático, sino la más culta y enriquecida de sabiduría, en las doctrinas del catolicismo elevado, generoso y filosófico que entonces practicaba una escogida pléyade. Para ser un católico como Ozanam necesítanse dones naturales de inteligencia y carácter, y virtudes congénitas, que, sin esfuerzo, conduzcan la voluntad hacia el bien, y la alumbren con la belleza ideal y la acendren y depuren. Otros católicos, deseosos de llegar a este estado que envidiaría Platón, tienen que luchar contra el hervidero de sus inclinaciones y pasiones, medirse cuerpo a cuerpo diariamente con el tentador, y salir de la pelea ensangrentados y sin aliento. Entre estos luchadores pueden contarse hasta santos: verbigracia, San Jerónimo. No así Federico Ozanam, que estaba orgánicamente predispuesto a la santidad. Si no tenemos atribuciones para llamarle santo, creo que podemos ver en él a un justo, un obrero infatigable de la viña, y además, como antes he dicho, una de esas naturalezas poéticas, copas de puro cristal en quienes todo choque produce una vibración musical larga y misteriosa.

Cuando el joven Ozanam pudo levantar el vuelo desde Lyon a París, deseo de todo mozo ansioso de cultura, su primer homenaje, fué para Chateaubriand; y razón tenía, pues el cantor de **Los Mártires** era el revelador de la hermosura del cristianismo, de su inagotable contenido estético: Ozanam le saludó conmovido y conservó perenne recuerdo de la entrevista; pero el gran amigo que encontró en París fué el sabio físico Andrés María Ampère, cuyo hijo, el incansable viajero y fecundo escritor, había

(1) Antonio Federico Ozanam, nació en Milán 1813: murió en Marsella, septiembre 1853.

Carta Alusiva

A don Joaquín García Monge:

El día doce de este mes de mayo se cumplieron cien años de haber sido fundada en París la Sociedad Benéfica de San Vicente de Paúl. Con tal motivo es muy probable que se haya vuelto a hablar en todo el mundo del promotor de aquella institución. Entre nosotros apenas si se ha recordado su nombre y unos ligeros datos de su biografía.

Creo, mi querido García Monge, que quizás estas páginas de la Pardo Bazán sobre aquel grande hombre puedan tener algún interés para su Revista. Publicándolas dará usted una prueba más de la catolicidad,—que no es lo mismo que catolicismo—, del **Repertorio**.

Yo sé bien que en estos tiempos dominados del materialismo histórico marxiano muy pocos se acuerdan o quieren saber algo de espíritus como el de Federico

(Pasa a la página siguiente)

de compartir el culto dantesco de Ozanam. Ampére padre recibió a Ozanam con los brazos abiertos, le admitió en su laboratorio, no se desdeñó de asociarle a sus experiencias y entabló con él una de esas comunicaciones efusivas que son puertas y válvulas de desahogo para las inteligencias pletóricas de ideal. Cierto día que conversaban acerca de las maravillas de la naturaleza, el sabio, acostumbrado a escrutarla y estudiarla, se cogió de improviso la cabeza entre las manos, y, como arrebatado de lirismo, exclamó: "¡Qué grande es Dios, Ozanam! ¡Qué grande es Dios!" En este arranque puede resumirse el sentido de la vasta obra de Ampére y también de la de Ozanam. Aunque de género tan distinto, las dos proclaman la magnificencia divina.

Para resumir la biografía de Ozanam, pues no podemos dejarnos llevar del gusto de detallar su hermosa y breve vida, recordemos que, a pesar de su siempre quebrantada salud, adquirió tan vastos conocimientos que a los veintiséis años su brillante tesis ante la Facultad de Letras le valió una ovación, no tardando en ocupar en la Sorbona el puesto de suplente del famoso y eruditísimo catedrático Fauriel y en reemplazarle cuando murió. Las lecciones de Ozanam congregaron a una juventud entusiasta, saturada de cristianismo y de romanticismo; entre esta misma juventud había reclutado Ozanam, años antes, siendo todavía un menesteroso estudiantillo, los ocho socios con quienes instituyó la Sociedad benéfica de San Vicente de Paúl, hoy extendida por todo el mundo cristiano y en España arraigada profundamente. El día en que Ozanam tuvo esta idea, no era ilusión de su espíritu aquella creencia romántica que tenazmente profesó de que su madre, muerta hacía tiempo, no cesaba de encontrarse a su lado. El estudiante, desde su buhardilla, hizo una obra de caridad espléndida.

Evitemos la tentación de considerar sólo los actos de Ozanam y tratemos de sus libros, que actos son también, actos de fe y de esperanza. "Ningún hombre de corazón —escribe el mismo Ozanam— aceptará el duro cargo de escribir sin que una convicción le domine". El escribía, quién lo duda, bajo el impulso de una convicción calurosa que le penetraba alejando la duda, la indiferencia y el escepticismo. No por eso se crea que lo más loable en Ozanam son las intenciones (triste elogio en verdad para el escritor). Si bien Ozanam no consiguió en vida ruidosa celebridad, y aunque en su manera pueda señalar la crítica defectos, y excesos de lirismo, sus dotes de artista son grandes y las dos o tres ideas nuevas (dos o tres ideas nuevas es mucho) desarrolladas en sus obras, ejercieron una influencia que aun persiste. El fin de Ozanam, desde los quince años, fué aquel mismo pensamiento ambicioso que quiso realizar Chateaubriand en **El Genio del Cristianismo:** el anhelo de todas las épocas en que se agita el pensamiento, anhelo que en la Edad Media produce la Suma teológica, y en el siglo xviii la Enciclopedia.

Ozanam quería escribir nada menos que una **Demostración de la verdad de la religión católica por la antigüedad de las creencias históricas, religiosas y morales.** La edad viril no borró, pero modificó bastante estos planes de la adolescencia y limitó la ambición apologética al terreno de la historia; más Ozanam había observado que el renacimiento religioso en Francia no producía historiadores, y la historia era o racionalista o francamente impía; y cumpliendo, como decía él, la palabra empeñada a Dios, contraminando la mina de Gibbón, y de su escuela, trazó el programa de una historia de la civilización en los tiempos bárbaros. No quiso Dios que el gigantesco propósito se realizase, y llamó a sí a su siervo Ozanam bien pronto, apenas cumplidos los cuarenta años, que es la edad del vigor y plenitud de conciencia para escribir obras sólidas y duraderas. Murió Ozanam con resignación ejemplarísima, y dejando escritas de su puño y letra estas palabras: "Ya que me llamas, Señor, aquí me tienes". De su proyecto quedaron, como fragmento y muestra, dos volúmenes publicados bajo el título de **La civilización en el quinto siglo de la Era Cristiana.** Estos debían formar la introducción de la magna obra, de la cual también son episodios los **Estudios germánicos,** y otros libros aun más influyentes: **Dante y la filosofía católica en el siglo xiii, Estudios sobre las fuentes poéticas de la Divina Comedia** y **Los poetas franciscanos.** Sainte Beuve, que tenía sobrada malicia profanísima para experimentar por Ozanam simpatía verdadera, reconoce en un párrafo esta virtud de sus libros. "Todos — dice con tinte de malignidad — nos resentimos de la nueva y ruda educación; todos nos agarramos por algún lado a la filosofía escolástica y a lo gótico; la Edad Media se nos impone y nos domina; todos, en fin, a dosis más o menos altas, hemos tragado a Ozanam..."

Este elogio ambiguo es, sin embargo, elogio.

¡Dichoso el que consigue descubrir una región y plantar en ella su estandarte! En el terreno de la erudición hay también inventores, y Ozanam es uno de ellos. Al en-

---

Carta alusiva...

(Viene de la página anterior)

Ozanam, verdadero santo sin hábito y sin más halo que el que le formaba en vida la triste preocupación de los dolores humanos. De los santos pudiera decirse ahora lo que Monsieur Buloz, el famoso Director de la "Revue de Deux Mondes", dijo una vez de Dios: no son de actualidad. Estoy leyendo precisamente un libro, **The Twilight of Christianity,** en muchos respectos interesantísimo y en el cual se dice que el santo, socialmente considerado, es no sólo un anacronismo sino una partida al pasivo social.

Pienso que esa opinión tal vez pueda ser cierta cuando se refiere a santitas inocentes de todo pecado y de toda acción o influencia sociales profundas y cuya existencia se consumió inútilmente dentro del claustro en un perpetuo arrobo. Pero por suerte no se trata aquí de tales santitas ni de ningún santo tampoco de reciente fábrica jesuítica, de esos que hacen las místicas delicias de nuestra gente sensiblera. Ozanam se formó en la buena tradición franciscana y vicentina, las cuales en resumidas cuentas vienen a ser la misma, pues que ambas se fundan en un concepto de la santidad que no es el de la reclusión estática y egoísta, sino el de la virtud militante y comunicativa.

"Ozanam,—traduzco de uno de sus admiradores ingleses—, fué el mayor crítico literario e histórico del grupo neocatólico de Francia durante la primera mitad del siglo xix. Era más sabio, más sincero y más lógico que Chateaubriand y tenía menos partidarismo político y menos sentimentalería literaria que Montalembert. En los movimientos contemporáneos fué un sincero y concienzudo abogado de la democracia y del socialismo católico, y opinó que la Iglesia debía adaptarse a las condiciones políticas provenientes de la Revolución".

No quiere esto decir que el socialismo cristiano de Ozanam contente hoy nuestro anhelo de reforma social. A estas alturas el socialismo cristiano está lejos de ser una fórmula satisfactoria; la caridad como un sustituto de la justicia ha caído en descrédito, y la Iglesia si quisiera estar a tono con los tiempos debería exigir un mayor control social de la riqueza engendradora de un régimen que conduce fatalmente a la división de clases y a la miseria. Nadie que no sea un ortodoxo a macha martillo o un retórico impenitente puede disentir del autor del libro a que me referí antes acerca del Crepúsculo de la Cristiandad, cuando dice que el economista moderno encontraría tan difícil basar todas sus doctrinas económicas sobre la rudimentaria economía política de Jesús, como Einstein derivar sus complicadas ecuaciones de las figuras que pudiera haber trazado en la arena el índice de Cristo hace diecinueve siglos.

Sin embargo, desde el punto de vista histórico no podríamos negar la inmensa importancia de la revolución cristiana ni desechar esos otros esfuerzos por el progreso de la sociedad humana, como si nunca hubieran tenido ningún significado y trascendencia, sólo porque ahora nos parecen insuficientes o ineficaces. Asumir una posición tan radical entrañaría injusticia y falta de sentido crítico de la historia. Debemos al contrario contemplar en la perspectiva en que el pasado se ofrece a nuestra vista algo más que el juego de las fuerzas económicas, y hacer honor a esas individualidades extraordinarias, aunque hayamos tenido que negarles toda significación sobrenatural y aunque nuestros ideales sean ya distintos de los suyos. Conviene pues mantener viva la gratitud y la admiración por hombres como Ozanam que dieron prueba de nobleza espiritual y de altruísticas preocupaciones, y no dejar pasar en silencio el centenario de una institución que se propuso en su origen demostrar al mundo que el catolicismo era capaz de una obra práctica de asistencia social.

Téngame siempre por su amigo.

Mario Sancho

Cartago, 21 de Mayo de 1933.

carecer el valor del trabajo de primera mano, no cuidamos de establecer una importante distinción. Si el erudito trabaja de primera mano sobre materias de última, no hay por qué estimar mucho sus hallazgos, que, a lo sumo, satisfarán curiosidades menudas; pero no modificarán sensiblemente la mentalidad, ni aun la cultura de su generación. El mérito de trabajadores como Ozanam es que supieron escoger, y cavaron, no para exhumar viles guijarros y tejuelos, sino para sacar a luz oro y perlas. Uno de los tesoros que encontró Ozanam fué el rico y bello de los poetas franciscanos, esos trovadores místicos del siglo XIII, que así lanzaban enérgicas invectivas a los tiranos y prevaricadores, como dirigían el enamorado serventesio a la dama Pobreza; arpas que exhalaban el quejido del éxtasis, cantores de un renacimiento religioso y artístico, franciscanos por el fuego del amor, pléyade que precedió a Dante como las estrellas al sol, y derramó por Italia un aura de inspiración, de libertad y de santidad. Sólo por haber interpretado y rehabilitado a los trovadores de la Orden seráfica, y por haber visto en su fundador, ante todo, el poeta y el gran artista instintivo, habría que contar a Ozanam en el número de los felices inventores.

Emilia Pardo Bazán



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

El cristianismo, la lengua y el sentido de la posesión

= Colaboración directa con que el insigne Sanín Cano honra y sirve al *Rep. Am.* =

Erant illis omnia communia.
Actus Apost. IV. 32.

El tema por desenvolver en las siguientes páginas es de una sencillez primitiva y claro como el agua; se podría expresar en veinte palabras; pero para justificarlo es menester hacer incursiones apresuradas en la historia de algunos movimientos populares y sobre todo en la historia de las lenguas, materia de grande interés sin duda, aunque extraña casi por completo a las preocupaciones de la mayoría de las gentes.—Debo anticipar, sin embargo, que no me interesan en este estudio, como en la mayor parte de los que he publicado, los hechos o los sucesos sino las fuerzas y tendencias.—"No los áridos sucesos únicamente se han de observar en el estudio de la evolución espiritual de una época, sino las fuerzas y tendencias" dijo Federico Gundolf, en uno de esos estudios formidables y llenos de rica substancia medular, en cuya preparación se exhaló prematuramente su espíritu como el aceite de una lámpara votiva. Pero las fuerzas y tendencias no las determina un solo hombre: arrancan de la masa y es labor de las inteligencias directivas encauzar esas tendencias, iluminarlas en sus diversos aspectos, en ocasiones sin estar identificadas con ellas.

En la patria de Rufino J. Cuervo los estudios filológicos han venido a menos.—El ambiente produce buenos escritores de modo natural y benéfico, a la manera en que algunas ciudades italianas educan naturalmente la vista de sus hijos en la apreciación de las armonías cromáticas y de la gracia en los contornos.—Esta influencia de un ambiente benigno ha traído en parte el desdén que la juventud muestra por los estudios glosológicos. Es más aún: el desdén se formula ya en principios donde consta "que el conocimiento técnico (de la lengua) en muchos es signo de frialdad y de muerte". Es mucho afirmar en un medio donde el conocimiento técnico de la lengua y de las lenguas produjo escritores como Suárez y Santiago Pérez.—Sería curioso fijar en el estilo de Renan las devastaciones llevadas a cabo por sus estudios filológicos, por su conocimiento del latín y del griego, por su vasta ciencia semítica y por sus indagaciones sobre el origen de las lenguas. De la frase de Renan, que no parece compuesta de palabras sino de sonoridades recónditas, el sentido penetra en las inteligencias como suelen los rayos del sol a través de los cuerpos pulidos y diáfanos. Su vasto saber filosófico, su bondadosa naturaleza hallaron en las enseñanzas de la filología el delicado instrumento que habían menester para darle a la palabra reverberaciones espirituales hasta entonces insospechadas en la lengua francesa. Y sin salir de esta lengua, ¿quién no ha sentido al través de la ciencia filológica, la fluidez perfecta, el prestigio y la magia del estilo en Remy de Gourmont cuya frase parecía revelada por el espíritu de la gracia misma, aun en estudios sobre las miserias cotidianas de nuestra frágil naturaleza? Nietzsche renovó con su estilo la lengua alemana. Un idioma frío, metodizado como una fórmula algebraica, ondulado sin gracia, propenso a confundir la oscuridad del dicho con la profundidad del pensamiento, surge de repente en las obras de Zaratustra como un manantial riquísimo de formas inesperadas, en las cuales se aunaron dignamente la gracia y la fuerza como en las esculturas del arte griego. Y todo el vigor, toda la gracia, todo el espíritu de ligereza que hoy ostenta la literatura alemana se debe a un filólogo, a un profesor de la universidad de Basilea, a quien tocó el espíritu vivificador por medio de esa "técnica que en muchos es signo de frialdad y de muerte".

Los estudios lingüísticos embotan la mente de quienes la tuvieron lenta, inarmónica y propensa a la confusión de los géneros.—En las inteligencias sobre las cuales soplara el hálito de los dioses, un conocimiento profundo del origen de los vocablos, de sus peculiaridades fonéticas, de las curiosas vicisitudes sufridas en el curso de su larga y sinuosa vida le presta a la frase virtudes parecidas al sortilegio.—Si los estudios anexos al conocimiento de la lengua nativa fueran causa de esterilidad en la mente del escritor, Francia, la educadora del mundo, Inglaterra, la nación más culta del siglo XX, Italia, heredera de tres civilizaciones, Alemania, la fuente del pensamiento moderno, carecerían de sus más altos valores literarios.—En aquellos países el trato de las musas, el cultivo de las gentiles disciplinas se va haciendo imposible sin la adecuada preparación en las ciencias del idioma.

Son las lenguas, especialmente las románicas, por las condiciones extraordinarias de su formación y por la riqueza fastuosa de la morfología latina, instrumentos delicadísimos, por medio de cuya complicada estructura se pueden descubrir singularidades recónditas de la psicología de los pueblos.—Sus variadas formas de expresión corresponden a matices de la sensibilidad en las gentes que las hablan. La abundancia y variedad de los aumentativos y diminutivos en la lengua italiana, por ejemplo, es un indicio de la riqueza sentimental de ese pueblo, de la rapidez con que, según decía Stendhal, reacciona a las más leves variaciones de los afectos. — El idioma español es menos

rico en estas desinencias, pero las tiene en gran variedad, como para dar testimonio de que sin llegar a la intensa y difusa movilidad de los sentimientos, característica de los italianos, todavía pone una vida espiritual rica de afectos variados y profundos. A la penuria de diminutivos en francés corresponde el temperamento más frío y reservado de quienes hablan esa lengua.

Explicaba el Profesor Meyer-Luebke en una conferencia, no publicada que yo sepa, los orígenes del "futuro" en las lenguas indogermánicas y con este motivo aludió a la crítica tan frecuente y desatinada de que hacen objeto los viajeros al pueblo español por su indiferencia para con el presente y su fe en el "mañana".—De existir tal estado de espíritu ello sería una prueba de la superioridad de ese pueblo sobre los que fincan toda su atención en el presente. Los pueblos primitivos, según lo atestiguan sus lenguas, no comprendían el futuro. En el verbo de estos idiomas no existían formas peculiares para expresar las acciones venturas.—Los pueblos que llegaron, antes de los tiempos históricos, a un alto grado de desarrollo tenían en su conjugación forman especiales, a veces más de una para expresar el futuro. Las lenguas de los pueblos retardados o menos vivaces en el desenvolvimiento de su cultura usaban de circunloquios para expresar ese tiempo del verbo. Decían "hacer mañana", "hacer más tarde", "quiero hacer", "habré de hacer", pero no usaban como los griegos o los latinos una sola palabra para expresar el tiempo venidero.—Los españoles, decía el profesor Meyer-Luebke, tienen una palabra sola para expresar el futuro, al paso que los ingleses, alemanes, escandinavos y los rusos en algunos "aspectos", han menester más de una para expresar esa relación de tiempo.—De esto saltaba a la conclusión de que había mayor movilidad espiritual, mayor agilidad del intelecto en los españoles que en las otras razas por él señaladas.—La argumentación del profesor sería fácil de retorcer diciendo que en el verbo español el futuro tuvo su origen en una cobinación de palabras; mas se podría contestar que aun en griego y en latín los filólogos deshacen toda la madeja de la conjugación y enseñan que cada desinencia corresponde a una palabra absorbida por el verbo.

Aunque no lo parezca, nosotros hablamos latín. La denominación de lengua madre aplicada al habla de los romanos, en relación con el francés, el español, el rumano y otras lenguas afines no está justificada ni por la filología ni por la historia. El español, el francés y el italiano no son lenguas hijas del latín sino latín hablado de diversa manera y sometido a diversos influjos y contagios según el ambiente físico, el momento histórico de su aparición y las condiciones de su desarrollo. De todos estos idiomas modernos el castellano o español es el que tiene más derecho de llamarse latín lisa y llanamente. Nuestra conjugación es casi la misma conjugación latina y el caudal de voces romanas que han pasado a nuestro idioma con ligeras variaciones supera al resto del vocabulario en forma abrumadora.

En la deformación castellana del latín intervinieron el pueblo y los eruditos desigualmente. El pueblo tomaba las palabras latinas del uso corriente, las que usaban los soldados romanos y el común de las gentes, y las deformaba de acuerdo con sus gustos y necesidades y con las leyes fonéticas. Los eruditos, los curiales de toga y de sotana alimentaban la tendencia a conservar las formas latinas puras en cuanto fuera posible. Todavía se pueden señalar estas dos tendencias en palabras de un solo origen que afectan la forma popular y la forma erudita, culta o sabia, como dicen otros.—"Logro", palabra popular, tiene el mismo origen que "lucro", forma culta del mismo vocablo latino, "lucrum".—Palabras de significación en apariencia tan distinta como "yerto" y "erecto" no son un rigor más que la forma popular y la culta del vocablo latino **erectus.**

Más que otras lenguas románticas la nuestra está infestada de palabras eruditas, cuyo número la hace parecerse todavía más al latín que los otros idiomas del mismo origen.—La gran cantidad de palabras en "cion" es de arranque erudito y su abundancia constituye una dificultad de no poco momento para los escritores atentos a las armonías verbales. La tendencia popular, que todavía se hace sentir, hubiera formado esas palabras en "zón" ("razón", "sazón"; el pueblo trata hoy de decir con buen acuerdo "inflazón", cuando los eruditos en ciencias económicas le hablan de abundancia de dinero). En francés el pueblo formó gran parte de estas palabras en "aison" más suaves que las eruditas en "ation", según el refinado gusto de Remy de Gourmont.

El desconocimiento de lo que a falta de mejor vocablo se llama índole del idioma suele darle acceso a palabras de sabor culto o de pretensiones eruditas en detrimento de la bella naturaleza del castellano. Se propagó entre escritores primerizos y aún entre personas de buen gusto en el oficio el uso inmoderado de la palabra culta "pleno" en vez de la popular y más ingenua "lleno".—Decir "pleno de luz" en vez de luminoso o "lleno de luz" es culteranismo innecesario. La palabra "pleno" que fué sin duda invención de curiales debe quedar limitada a los usos que le asignaron abogados y clérigos en su nacimiento: "Sala plena", "pleno derecho", "plena autorización", "plena prueba".—Notemos con agrado que la gente nueva, siguiendo el cauce natural de las formas ha descubierto el carácter intruso y afectado de "pleno" y ha abandonado expresiones como "plena de gracia".

Se ha puesto en uso "relievar", otra superfluidad encaminada a afear el discurso sin provecho de nadie. El vocablo es superfluo, porque "relevar" tiene en castellano, entre otros, el mismo significado que se le quiere asignar al neologismo.—Hay en latín dos verbos "levo"; el uno quiere decir "suavizar", "aligerar", y el otro significa "alzar", "poner en alto". Del primero vienen "aliviar", "relevar", en el sentido de exonerar de un peso o gravamen, y del segundo han salido "elevar", "levar", "relevar" en el sentido de "poner de relieve". El verbo "relevar" está formado según todas las reglas.—La "e" abierta de las voces latinas (habla popular) se truenca en "ie" en español en sílaba acentuada. "Piedra" viene de una voz

latina en que la "e" es abierta.—Si el acento pasa a otra sílaba la transformación no se verifica: "empedrar", "pedregoso". Procediendo de "relevium", la palabra "relieve" obedece a la ley indicada; pero "relievar" pugna contra todas las gracias de la fonología. Es cierto que hay "decimar", "dezmar" y "diezmar", pero la "i" del último se explica por la concurrencia de las dos vocales en el primer vocablo.

Ahora volvamos a la historia.—Entre las palabras cultas de que se ufana el español está el relativo "cuyo" (latín "cuius") de que carecen las demás lenguas románicas, excepto el portugués. El origen culto de esta palabra es tan manifiesto que hoy a los mil quinientos o mil seiscientos años de estar muchos millones de hombres hablando latín hispanizado, esta palabra no ha logrado penetrar en la lengua del pueblo.—Los campesinos de Antioquia preguntan "cúyo es este caballo"?, frase culta que aprendieron sin duda de los curiales españoles.—También se encuentra el "cuyo" en frases ya anticuadas y muy elegantes, recorriendo los clásicos del siglo xv y xvi: "Esclavo soy, pero cuyo, eso no lo diré yo". Hoy nadie se atreve decorosamente a expresarse de tal manera. La palabra "cuyo" tiene cariz tan marcadamente erudito que en "Doña Bárbara", novela de costumbres americanas, no se la encuentra más de seis o siete veces, en cuatrocientas páginas, y nunca en boca de los personajes creados por el novelista. Una señora bien educada no dice en Bogotá "el caballero cuya esposa estuvo aquí anoche".—Usa cualquiera otra forma de expresión, acaso esta que pugna con las reglas de lo que llaman buen decir: "el caballero que su esposa estuvo aquí anoche".—En trabajo histórico muy sagaz, de escritor elegante y muy bien informado en cosas del idioma, leo estas palabras: "Lucas Fernández de Piedrahita que en España su libro no hizo otra cosa que copiar a Herrera".—El hecho de ser "cuyo" palabra erudita influye hasta en escritores eruditos también, y de tan buenas prendas como el autor de esa frase. "Cuyo libro en España no hizo más que copiar a Herrera", parece que pugnara con la tendencia popular de la lengua española.

En el estudio de "cuyo" me han asaltado las ideas de este ensayo. — Las lenguas románticas empezaron a tener fisonomía propia en el momento justamente en que se extendía el cristianismo por la parte central y meridional de Europa.—Los bárbaros habían invadido los dominios del imperio romano desde el siglo iv y se habían apoderado de gran parte de Italia y de los países a donde se extendía la jurisdicción del imperio.—Los francos en Francia, los Visigodos y Suevos en España y Portugal, los longobardos en Italia formaban sus reinos precisamente en la hora histórica en que el cristianismo irradiaba de Roma hacia el resto del mundo. En el siglo vi se hicieron cristianos Clovis en Francia y Recaredo en España. Con esas dos conversiones el cristianismo se enseñoreaba de los países latinos.

Por ese mismo tiempo surgían las maneras nuevas de hablar latín denominadas francés, castellano, italiano y portugués. La evolución del válaco o rumano es algo más tardía. La tendencia de las lenguas nuevas era manifiesta en el sentido de abolir las flexiones y expresar las relaciones gramaticales por medio de palabras independientes más bien que haciendo uso de terminaciones. Tal modificación se hizo sentir especialmente en las relaciones del nombre y del adjetivo con las demás partes de la oración. Las lenguas nuevas latinas dieron al traste con todos los casos de la lengua clásica; pero en esta transformación, necesaria para afirmar el carácter analítico de las nuevas formas de expresión, todas las lenguas románicas, todas las lenguas cristianas manifestaron una inquina especial contra el caso que los gramáticos latinos llamaban genitivo. En el viejo francés (que es una lengua distinta del francés moderno), se conservó el caso acusativo con terminación especial y en el rumano existe aún el dativo.

El francés moderno y las demás lenguas románicas han eliminado todos los casos en el nombre y en el adjetivo; pero para fijar la forma usual de cada sustantivo unas lenguas tomaron, como el español y el francés, el acusativo o el hablativo del original ("hombre" de "hominem", "leche" de "lacte") o el acusativo solamente como el italiano.—Del genitivo ninguna quiso acordarse.—En español no queda más rastro de esa inflexión que el relativo "cuyo", proscrito, según hemos visto, de la lengua popular, y las denominaciones de algunos días de la semana ("Lunes", lunaedies), pero en este caso la desinencia viene adjunta a una noción a todas luces pagana.—En español y en las otras lenguas afines se encuentran apenas vestigios de las formas usadas por los latinos para expresar la posesión.

¿De dónde puede arrancar esta prevención de los primeros romanistas contra la desinencia que servía en las lenguas clásicas para indicar la fisonomía gramatical de los nombres? El cristianismo que, como hemos visto, empezaba a señorear en las lejanas provincias del imperio la conciencia popular justamente en el siglo durante el cual principiaban a tomar forma de idioma las transformaciones del latín, era una reacción primero contra la "ley antigua" y más decididamente contra el concepto romano de la vida.—La legislación del antiguo testamento y la romana, enormemente distanciadas por lo que hace al método, a la lógica, al sentido fundamental de lo humano, coincidían en la base, que era la protección de la vida y la propiedad del hombre. Las prescripciones del Levítico y del Exodo tienen el mismo fin del derecho romano que es darle la mayor seguridad a la vida del hombre y al poseedor de la cosa legítimamente adquirida.—Para la nueva corriente cristiana estas dos funciones de la ley y del estado eran de poca importancia. La vida terrestre fincaba su mérito no en sí misma sino en la creencia de que ello ofrecía saludables ocasiones de procurarse la obra, la única real y eterna. Cuanto a la propiedad el nuevo testamento manifestaba por ella el mayor desprecio. A Cristo lo crucificaron entre dos ladrones para que se cumpliesen las profecías y quedara constancia de la actitud de los nuevos creyentes en punto a establecer diferencia entre lo tuyo y lo mío.—Para ser cristiano lo primero y fundamental era distribuir la hacienda entre los necesitados y eliminar de la conciencia el sentido de la posesión. — No puede imaginarse una reacción más violenta contra la ley de Moisés, cuyos diez "mandamientos" (no todos son "mandamientos", los más son "prohibiciones") hay cinco para proteger la vida y la propiedad, cuatro dedicados a esta última, si se tiene en cuenta que para entonces la mujer era propiedad del marido.

En esta reacción del cristiano latino contra las nociones de derecho contenidas en el viejo testamento y en la tradición romana se incluye la prevención contra el caso gramatical de que hacían uso los hombres del Lacio para representar la posesión.

Otros fenómenos de psicología y de historia concurren a reforzar estas consideraciones. En las lenguas germánicas y eslavas el genitivo se conserva con otros casos en algunas de ellas; en el inglés, el danés y el sueco no quedó más que el genitivo, contra la existencia del cual se alzaron en conjunto las lenguas románicas. No es difícil formular los orígenes de este contraste. A los pueblos que continuaron hablando las lenguas de los bárbaros (sea dicho sin sombra de menosprecio) llegó el cristianismo un poco más tarde, cuando se desviaba apreciablemente de su rigor primitivo. Entre esas gentes el sentido de la propiedad continuó siendo tan vivo como antes: necesitaban el caso genitivo. La intensidad del sentimiento que sirve para distinguir lo propio de lo ajeno se hace visible todavía de manera resaltante en la estructura de esas lenguas. Con los adelantos de la jurisprudencia en los últimos siglos la defensa de la propiedad ha asumido formas de una complicación vecina de los procederes de la magia blanca. El estado fué siempre una institución predatoria. Antes lo era de manera franca y en ocasiones violenta; en nuestros días la depredación toma formas sutiles y disimuladas. Con la tasa del impuesto sobre la renta y el gravamen a las sucesiones el estado británico habrá nivelado las fortunas en el curso de dos o tres generaciones. Esto por lo que hace a las relaciones entre el individuo y el estado. Entre individuos los progresos de la legislación en materia de propiedad han alcanzado puntos de complicación verdaderamen-

te inaccesibles a las inteligencias promediales. Las leyes sobre propiedad y las que regulan las operaciones mercantiles se parecen mucho a las que rigen en los diversos juegos y deportes. La ética del hombre de negocios consiste en privar de su hacienda a los demás asociados, sin incurrir en los artículos del código penal, exactamente como el jugador de bridge pretende alzarse todas las puestas, sin violar los reglamentos del juego. Solamente que en el caso de los negocios mercantiles ocurre que las leyes o reglamentos del juego se redactan a veces entre el estado y unos pocos negociantes, en sesiones secretas de unos cuerpos, llamados parlamentos cuyos miembros reciben el mandato merced a influencias de los negociantes, u obedecen, ya nombrados, a esas influencias por consideraciones extrañas algunas veces a la equidad y a la justicia.

Cristo arrojó del atrio del templo a los mercaderes israelitas de su tiempo. En algunas comarcas, en vez de echarse hacia afuera se refugiaron en el mismo templo. No es raro que los grandes directores de trusts y cadenas bancarias ocupen en New York los domingos la cátedra sagrada para edificación de los fieles.

Decía que en las lenguas teutónicas y escandinavas la morfología nos enseña que es demasiado vivo en quienes las hablan el instinto de propiedad. Cuando este sentido es muy vivo en el hombre, la inteligenia se ejerce en la minuciosa discriminación de la propiedad ajena. Por lo que hace a la propia no hay mayor urgencia en clasificarla y distinguirla; basta con el sonoro y lacónico pronombre "mío". En este punto coinciden las lenguas latinas con las del septentrión. Pero en cuanto a la propiedad ajena las clasificaciones adquieren para las inteligencias creadoras de aquellas lenguas una importancia sin límites. En español con dos palabras "su" y "sus" determinamos la propiedad ajena en todas sus dependencias. Ni la inteligencia de los creadores del idioma, ni su actitud frente al derecho ajeno habían menester de más palabras para designar la propiedad de los otros. "Su" y "sus" quiere decir "de él", "de ella", "de ellos", de "ellas", "de usted", "de ustedes", "de ello". Como la propiedad ajena no era objeto de codicias insuperables, para los primeros cristianos de habla española, la clasificación en cada uno de esos matices era innecesaria. El escandinavo primitivo, el teutón, ninguno de los cuales abandonó las desinencias del caso posesivo, pusieron un cuidado violento y agudísimo en denominar y diferenciar minuciosamente la propiedad objeto de sus aspiraciones y concupiscencias. El sajón de hoy tiene cinco palabras para decir, "su" "sus" y el escandinavo se ha procurado ocho. Le importa sobremanera clasificar la propiedad ajena de acuerdo con el número y la clase de los propietarios, e introducir matices de expresión que faltan en otras lenguas. En los idiomas escandinavos, en la expresión "entró con su hermano y alcanzó a ver a su esposa" el último "su" se expresa de dos maneras según se trate de la esposa del sujeto (sin) o de la mujer del otro (hans).

Se comprende que Kreuger hubiera nacido a orillas del nebuloso y traginado mar del norte, en tierra escandinava. Kreuger hacía distinciones sutilísimas entre la propiedad fluída o congelada de las terceras personas.

B. Sanín Cano

Bogotá. Abril de 1933.

Lo que dice un bronce

= *Envío del autor.* San José de C. R. =

Si no las palabras, estas fueron las ideas que el autor dijo el 11 de abril en la *Escuela Porfirio Brenes*, en el homenaje dedicado a la memoria de Juan Santamaría.

Desde el momento en que el Director de esta Escuela, el distinguido maestro y mi muy querido amigo don Rogelio Solano, me invitó a decir unas palabras, en el homenaje que este Centro dedica a la memoria de Juan Santamaría, acepté gustoso la invitación por un doble motivo: porque así doy pábulo a mi cariño y honda devoción por la Escuela de la que si me separaron momentáneamente circunstancias especiales, jamás me he ido, pues que en el incensario de sus aspiraciones superiores siempre he puesto la roja brasa de mi entusiasmo perseverante y porque esta es una feliz oportunidad para decir el concepto que en mí despierta y la enseñanza que perpetúa a mis ojos la hazaña de Juan Santamaría, sublime hazaña que operó el milagro de "transformar la carne que se pudre en el bronce de la estatua".

No es, claro está, la guerra, ni siquiera el impulso, ni el heroísmo guerrero lo que conmemoramos en esta fecha. La escuela de Costa Rica—floración de una patria que ha hecho de la paz uno de sus más claros atributos, por más que esa paz no haya sido siempre, como debiera serlo, el marco de oro de la cívica conciencia colectiva—la escuela de Costa Rica, que quiere y debe ser siempre fiel a las generosas corrientes de la fraternidad universal, exaltando el espíritu bélico caracterizaría el viejo símil de un Cristo con pistolas.

La guerra es el alma de Caín que en tempestuoso huracán pasa arrasando, salvaje e inmisericordemente, la campiña humana; es la piqueta demoledora que destruye los más preciados monumentos de la civilización; es la langosta sobre el sembrado; es el virus del egoísmo y la perversidad corroyendo las almas; es el incendio devastador sobre la casita de Juan de Flandes, que pintara con su pincel único Rodó; es el triunfo de nuestros impulsos inferiores y oscuros; es la tremenda realización de la frase disolvente de Hobbes; "Homo, homini lupus"; es la subversión del orden, de la moral, de la justicia y del amor; son los jinetes del apocalipsis hollando las frescas briznas de la belleza y del bien; es la negación y la blasfemia contra Dios.

No, no es un homenaje a la guerra lo que aquí nos tiene congregados. Es que la página memorable que los costarricenses escribieron austeramente en los años 56 y 57, es la gesta gloriosa de un pueblo que conquistó para siempre un puesto bajo el sol de la soberanía. Recordemos, sin el menor reproche y, al contrario, con el más noble y cariñoso respeto para nuestros abuelos, que la independencia fué un aguinaldo que encontramos una mañana al lado de nuestra almohada de tropical indolencia sin que supiéramos, casi, todo el valor del regalo con que nos agraciaba la Providencia o, mas concretamente, la flamígera y a la vez evangélica espada con que en el sur Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas, O'Higgins y Córdoba y en el norte Hidalgo y Morales, abriendo los senderos emancipadores.

El curso fatal y eterno de los acontecimientos—cuyo ritmo es superior a nuestras ridículas ambiciones por lo cual escapa muchas veces a sus cálculos—nos hizo encender con mano tímida en la noche del coloniaje la aurora de la libertad; pero cuando, treinta y cinco años más tarde, batieron sus alas, en nuestro sosegado ambiente y bajo nuestro limpio cielo, las águilas de la esclavitud que venían desde el Norte como empujadas por un viento de tragedia, y el Presidente Mora, elevado a la altura del momento que vivía la República—condición primaria de los conductores de pueblos, ponerse a la altura de la inquietud ambiente—y respondiendo al ansia que brotaba de las propias entrañas del suyo lo llamó a las armas con aquellas proclamas majestuosas en su sencillez, como que eran un grito de alerta vigilante—; cuando aquel pueblo de campesinos se transformó, por la magia de un estímulo ennoblecedor, en un ejército y, trasponiendo la frontera, fué a escribir con su sangre una epopeya y a construir con sus huesos un monumento, demostramos que sí merecíamos nuestro título de nación soberana: bautizados en la independencia en el 21, la ratificamos y nos confirmamos en ella en el 57.

No fuimos a una guerra de conquista que nos habría indignificado aun en la victoria cuyos verdes laureles, en las sienes de un pueblo desangrado, son muy a menudo más bien que laureles cardos punzadores; fuimos a defender nuestro suelo de presiones extrañas; el

imperio de nuestras leyes y la armonía de nuestro idioma; fuimos a decir que nuestra copa será pobre y pequeña pero es la nuestra y en ella queremos beber; fuimos a perpetuar la tradición de nuestra inmortal sangre latina y a asegurar el señorío de nuestro surco en la sagrada eucaristía de la simiente. Juan Santamaría significa eso para mí: la brega valerosa y empeñosa de un pueblo por conservar su señorío, libre de toda violencia y de cualquier tutela extraña.

Ocurre, eso sí, que no sólo con las armas y entre los estruendos bélicos se turba la paz de un conglomerado humano o se nublan los cuarteles de su escudo. Existen tantas formas de oprimir a las naciones, de castrarles su soberanía y de limitarles su libertad, que la cívica conciencia colectiva a que antes me referí debe estar con los ojos muy abiertos para librarse de tales acechanzas; de tal manera que cada vez que las águilas pasan bajo nuestro cielo, agoreras de peligro, aun cuando oculten su acerado pico y sus filosas garras en el sedeño plumón de sus alas, el semblante del soldado epónimo se contrae, tiemblan de inquietud y de coraje sus manos, y luce una chispa de incendio en su tea.

Significa también para mí el tambor ennoblecido, que en una democracia como la nuestra, el triunfo, y la gloria, y la cumbre, y la victoria, están al alcance de todos con tal de que para recorrer el camino que lleva a aquellas exaltaciones, calcemos el coturno de la perseverancia, de la austeridad y del estudio hondo y sincero. Es curioso observar que no fué sino muchos años después de levantada en Alajuela la estatua al soldado Juan que se erigió, aquí en San José, una al ex-Presidente Mora, padre espiritual de aquella jornada inolvidable.

No vale la pena discutir ahora—ni nunca!—el asunto ya un tanto manoseado de si Juan Santamaría fué un hombre de carne y hueso o una creación de nuestra fantasía. Como simple especulación o bizantinismo histórico, quizá ello tenga importancia, pero en cuanto a la esencia simbólica o ideológica, no tiene ninguna. Yo sí creo en su existencia terrenal; salido de la gleba social, ella le dió sus apretadas tinieblas en las cuales vivía—como la estatua en el bloque informe de la cantera—la luz de fulgurante tea que brilló con resplandores magníficos a la hora de su arranque heroico cuando, rivalizando en su alma los dos más nobles cultos del hombre: el de la Patria y el de la madre, dicta para la suya aquel testamento que, en el bello decir de Zambrana, sólo tiene paralelo muchos siglos atrás.

Pero, ¿y si no hubiera existido? ¿Qué más o qué menos daría? Los pueblos se honran y se engrandecen honrando y engrandeciendo a sus mejores hombres en cualquier ramo de actividad en que hayan ejercitado su vida; su altura espiritual se mide—como en una especie de vasos comunicantes —por el culto que profesan a sus más altos varones, aparte de que esa devoción emula a los demás en su ascendente evolución y forma un clima moral en que se desarrollan las plantas de todas las excelsitudes.

Si, como profunda e íntimamente lo creemos, Juan Santamaría anduvo, quemado por el sol, pobre, entristecido y humilde, por las calles de Alajuela e incendió el Mesón donde se atrincheraban los esclavistas, hace muy bien Costa Rica, en ofrendar a su memoria benemérita el oro, el incienso y la mirra de su cariñosa gratitud; pero si, como ciertos iconoclastas lo pretenden, el soldado Juan es apenas un personaje fantástico... quizá mejor aun, pues ello estaría diciendo que si la Naturaleza, en lo material, fué avara con nosotros e impidió que en un vientre de mujer se plasmara el organismo corporal de un héroe, la Patria, en una gravidez espiritual, gestó en sus palpitantes entrañas la figura de leyenda que habría de ser, en las lóbregas medias noches de nuestra incomprensión, el índice que nos señalara el camino de la liberación y el señuelo que nos atrajera hacia la gloria.

Más grande que el pueblo donde nació y murió el héroe—quizá en la ciega e inconsciente fatalidad de su destino—es aquel que es capaz de sacarse al héroe del alma y vivir a la altura y con el decoro que da a la figuración de su leyenda: en el primer caso, el héroe puede ser la espiga que se alza, destacándose, en un trigal enfermizo; en el segundo, es la concepción acrisolada de una conciencia superior.

En el monumento que hay en Nicaragua, levantado a la memoria de Máximo Jerez, se lee esta bella sentencia: "Duerme, que tus soldados velan". En el de nuestro soldado Juan podríamos escribir esta otra: "Centinela, alerta y con tu tea encendida; no sea que en nuestra incuria o abandono, nos olvidemos de que hay mil y mil formas de perder la independencia"...

J. Albertazzi Avendaño

INDICE



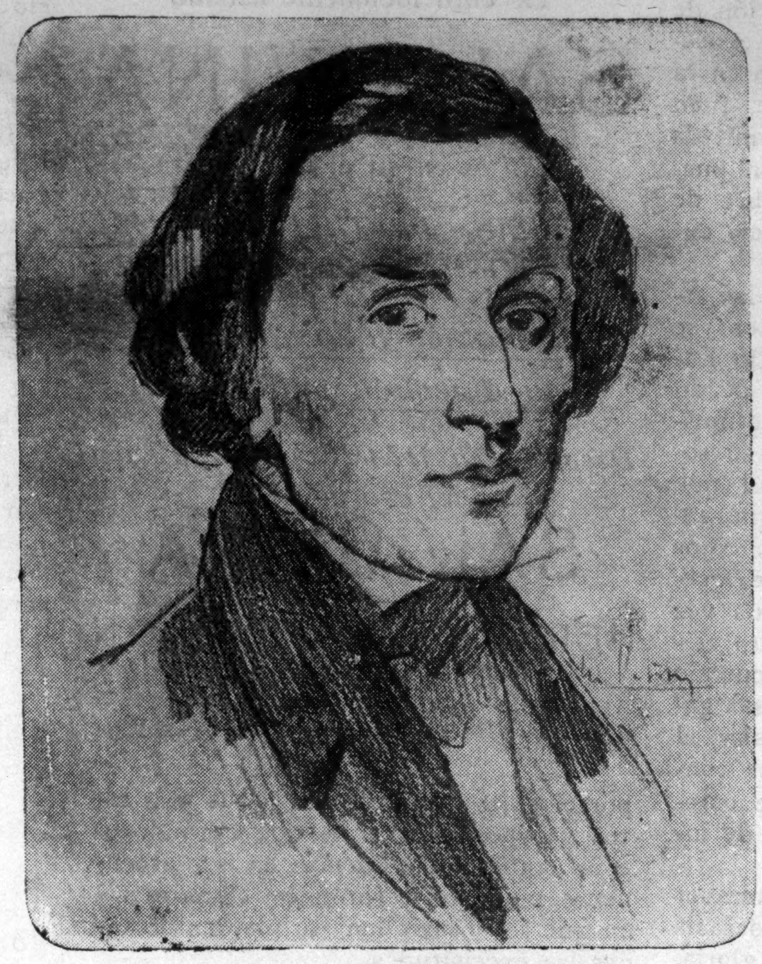
13 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Alberto Gerchunoff: *La asamblea de la Bohardilla* .... ₡ 5.00
Pedro Henrique Ureña: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* 4.00
A. Hernández Catá - José Frances - Etc.: *La Diosa No. 2.* Novela 3.50
José Hergesheimer: *Tampico.* Novela 3.75
Mariano Ibérico Rodríguez: *El nuevo absoluto* 3.00
Luis Jiménez de Asúa: *La lucha contra el delito de contagio venéreo* 3.00
Anangaranga: *Tratado indio de erotología escrito en el siglo XV, por Kalyana-Malla* 2.50
Ben B. Lindsey-Wainwright Evans: *Matrimonio de compañía* 7.00
Leopoldo Lugones: *Romancero* 4.00
Jovellanos: *Obras selectas* 2.00
José, G. Antuña: *Petrarca, Laura y el renacimiento* 1.00
A. Arthur Kuhnert: *El frente de guerra femenino* 3.50
Luis Joubin: *Metamorfosis de los animales marinos* 6.00

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

Un nuevo Chopin

= De *El Sol*. Madrid =



Federico Chopin

El siglo XIX, ufano de su ciencia, de la superioridad de sus conocimientos, de la infalibilidad de sus hombres; respetuoso consigo mismo y con sus propias lumbreras, insensible al ridículo e impermeable a la pedantería, fué el siglo de las "revisiones". Comprendía mal que las cosas de siglos anteriores pudieran ser tales como se presentaban a sus ojos, y con un gesto magnánimo decidió "revisarlas", adoptándolas al sentido común ambulante. Casi toda la Historia, casi todos los textos, casi todas las ediciones de los antiguos, fueron transformados, uniformados al gusto e ideas de los sabios académicos y eruditos profundos del siglo XIX. Lo que era típico de cada momento, lo local, los rasgos originales, lo peculiar a la personalidad, desaparecía en las "revisiones" ochocentistas para ser sometido a superiores normas científicas, orgullo del siglo XIX. Se ha comentado mucho entre los músicos con la "corrección" que Fétis hizo a algunos cuartetos de Mozart y en las sinfonías de Beethoven. El mismo Fétis, con Moscheles, admitió cierta obra de Chopin en sus métodos didácticos previa una desinfección de rasgos típicamente peculiares a su genio. La escuela de Léipzig estimó que Bach no sabía escribir fugas y estableció normas nuevas, que culminaron en la "fugue d'école" del Conservatorio de París. Los grandes pianistas y superpianistas decidieron que los músicos instrumentales del siglo anterior... y anteriores ignoraban su arte. Con un fervor piadoso metieron mano en las ediciones originales y presentaron a unos clavecinistas a su hechura y semejanza, y en quienes técnica instrumental, escritura, armonías, quedaban modificadas según el alto patrón impuesto por el siglo. Las trascripciones de los viejos músicos que escribían para varias voces fueron reformadas de cabo a rabo, y las armonías del siglo XV aparecen transformadas en admirables ejercicios de Conservatorio. Eruditos en otro terreno distinto del musical adquirieron algunas lecciones sumarias con maestrillos o maestrazos y se dispusieron a trascribir a músicos del siglo XII o del XIII o del XIV o del XV. Troveros y trovadores aparecieron tocando lindas serenatas y barcarolas al estilo de la música favorita a la niña de la casa. Alfonso el Sabio se remangaba las haldas de armiño y se bailaba una habanera o un chotis. En las postrimerías del siglo, Rimsky-Korsakof, fraternal y piadoso desde luego, pero tan siglo XIX como sus rivales de la otra orilla, "revisó" las composiciones de Mussorgsky, demasiado poco conservatoriales para ser respetadas.

El siglo XX, más amigo de la verdad que de Platón, se sintió desde sus comienzos empalagado por tanta uniformidad de criterio y tan insistente tufillo a ciencia oficial. Curioso y atrevido, comenzó a husmear en viejos originales, encontrando con que su deseo de libertad y de originalidad, concordaba mejor con los criterios que el siglo XIX consideraba arcaicos, primitivos, imperfectos, débiles. Se paró un momento a considerar que quizá los puntos de vista de esos hombres de ciencia no eran exclusivos de todos los hombres y de todas las épocas, y que lo bueno del siglo XIX podría haber parecido malo en el XVII, y al revés. Comenzó a pensarse que han debido de existir muchas maneras de pensar, y que lo procedente era hacer un intento para pensar y sentir de otro modo, para hacerse otra cabeza y otra sensibilidad. ¿Cómo? La tarea era en extremo difícil. Se necesitaban imaginación y ciencia, y sobre todo, no caer en los mismos errores que se combatían. Un primer procedimiento sería el de la tabla rasa. Limpiarse el alma y la cabeza de telarañas cientifistas a lo siglo XIX y procurar un examen directo de los textos restituídos a su virginal estado. De un simple sistema ha nacido infinidad de cosas nuevas que hoy sorprenden al mundo. Fué como el cuadro al que se le lavan los retoques indiscretos y aparece con la soberbia maestría de su primer estado, con el atractivo fresco y encantador de su diferencia con lo habitual. Así, el siglo XIX, que fué el siglo de las "revisiones", ha sido sustituido por el XX, que es el siglo de las "restituciones".

La manía regulatriz de aquellos hombres se ejercía incluso sobre sus propios contemporáneos apenas éstos desbordaban de los límites de lo que la ciencia y el arte oficiales permitían. El caso de Mussorgsky, por ejemplo. El de Méndelssohn, que acusaba recibo de la partitura de "Tannhauser" "con quintas, octavas y todo". El de Fétis. El de los editores de Chopin, y tras de ellos, el cortejo infinito en número y en necedad de los revisadores de esa música tan libre, tan peregrina, tan rica de "no conformismo", tan exenta de todo olorcillo oficial.

Desde hace mucho tiempo, los estudiosos de Chopin, los verdaderos amantes de su música, suspiraban por una edición limpia de retoques, aditamentos y postizos; pero las ediciones originales no se encontraban ya ni aun en bibliotecas privadas. El examen de los manuscritos suscitaba singulares conflictos al ser cotejados éstos con las ediciones impresas. Había un problema Chopin, como hasta hace poco un problema respecto a la música de clave y a la de la música polifónica profana, y aun un problema Scarlatti.

Un grupo de músicos de alta ciencia y conciencia, ingleses en su mayoría, inició la tarea de "restitución", que ha sido llevada a cabo materialmente por la Oxford University Press. Muchas veces hemos hablado de las ediciones de música antigua aparecidas en esta edición, cuyos métodos deben servir de norma en otros países, entre ellos, muy perentoriamente, el nuestro. Ocupados tanto en la vieja música como en la ultramoderna, esos editores apenas habían hecho alguna incursión por el campo romántico, porque lógicamente parece que es el que menos pudo haber sufrido los rigores del romántico amor hacia la ciencia académica.

Pero existía el caso Chopin. Un Chopin al uso de todos los delfines y delfinas de Conservatorio a comedor y de sala de visitas a salón de conciertos, desgraciadamente maltrecho. Y ahora surge de su sepulcro un nuevo Chopin con la edición de sus obras completas, que bajo la dirección de Edouard Ganche publica la Oxford University Press.

El milagro ha sido posible gracias al descubrimiento de un edición original que poseía en Irlanda una discípula de Chopin, miss Jane Sterling, edición que era desconocida hasta 1927. La importancia del descubrimiento no consiste sólo en ese hecho material, sino en que los siete volúmenes de que consta están corregidos por el propio Chopin para uso de su discípula, introduciendo variantes, anotaciones llenas de interés, rectificaciones.

Cotejada esta edición por M. Ganche con los originales, ha dado resultados sorprendentes. Chopin, fiado de algunos amigos que lo reprochaban por sus "faltas" escolásticas, les dejó corregir las primeras pruebas, cambiar acordes, modificar el orden de ciertos trozos y, cosa importante entre todas, "repetir textualmente" secciones que él quería variar en forma, en sentido, en expresión y color en las "reprises". Hay ejemplos notables, como en el "Estudio en fa menor", la "Valse en do sostenido menor" (op. 64, Nº 2), la "Balada en sol menor". Los revisores añadieron signos de interpretación, de movimiento, de matiz, ligados, "doigtés", absolutamente arbitrarios. "Los "pomposo" y "soave" aparecen y se multiplican por las páginas, surcadas de ligaduras y reguladores aumentados o disminuídos a placer; los puntos sobre las notas se prodigan o se enrarecen; lo que era picado se liga, y viceversa; los acordes engordan o enflaquecen; las blancas ennegrecen y las negras se blanquean; las semicorcheas se corchifican, y las corcheas se sienten aligeradas con el nacimiento de nuevos ganchos. Se inventan signos de expresión, y las simples indicaciones se truecan en superlativos o en diminutivos ridículos, etc., etc. "Cuando se es revisor—dice M. Ganche—, hay que demostrar

(*Sigue en la página 334*)

Motivos sobre Juan Ramón

= Este es uno de los ensayos que componen el excelente libro *Letras. Notas de un lector.* Por Francisco Valdés. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1933 =

1

Pensamiento y sentimiento

Fué en mi primer viaje a un pueblo grande de la vieja y venerable Castilla: aquel donde cunó el Rey que ordenara pintar al "cretense" el **Martirio de San Mauricio,** y luego no le plugo, desdeñándole. Fué una tarde morena como el color de la corteza del pan bien tostado y cocido. Ya caían las luces castellanas en un poniente de cubismo. Una estancia pequeña, ahogada, recogida, con un ventanal desde el que se dominaban los rojos tejados cubiertos de verdín, las bardas que separaban unas corraletas de otras. En ellas, las amplias parrillas dormitando las gallinas. Muchas, incontables ventanitas, con los cristales rebrillantes por los débiles rayos cansados del sol en otoño. Y allá, lejos, al fondo, como un monjil guardián de todas aquellas deslumbradas ventanitas —fulgores en sepia, en oro cárdeno, en bronce, en encendido gualda—la torre de la Antigua, con sus divinos ajimeces con su remate piramidal esbelto, entocado por las rojas tejas romanas, ¡tan simétricas, tan perennes!

En la reducida estancia había unas curvadas sillas de anea y un panzudo sofá isabelino, tapizado del color que tiene el obscuro vino de Burdeos. En las paredes, encaladas, una reproducción, en sepia, del gótico Palacio de Justicia de Rouen; otra del retrato que hizo Anselmo Miguel Nieto de la danzarina **Tórtola Valencia**, y una tabla flamenca con un medio busto de mujer, semejante, en la traza, al retrato que de su esposa pintara, con pincel de plumas, Van Dyck. El techo era un sencillo artesonado de pino. Cercano al rechoncho sofá, un velador de palo santo con profusión de incrustaciones nacaradas del lejano Oriente. Sobre él unos libros, unas cartas, Hacia un rincón, en uno de esos insuperables muebles con cajoncitos que construían en Bargas, una miniatura de mujer castellana—¿Esquivel? ¿Rafael Tejeo?—en la plenitud otoñal, en un marco ovalado de repujada plata, y otros libros con doradas encuadernaciones a la holandesa.

Hablábamos, rememorábamos, soñábamos... Pensamiento y sentimiento. La firme y férvida amistad hasta aquel instante no había vencido la distancia. Solamente vivió en cartas, cruzadas, con promesas de asegurarla, de hacerla íntima y cercana algún día. Manaba la palabra, sosegada y tranquila, de un cruce de almas. Almas enfermas de adolescencia y literatura. Con suavidad y con mesura rozaba nuestros labios. La frente pensativa, la mirada encalmada, la mano ardiente y trémula.

Unos cuantos nombres lograron apretar nuestra amistad Allí estaban sobre las lacas del velador: Ganivet, Santa Teresa, Verlaine, Musset, Larra, Juan Ramón Jiménez... Quisimos, en el claro instante, que se fundiesen nuestras aspiraciones en uno de los **elegidos.** Y se tendió el brazo hacia la mesita y las manos enlazaron un volumen de cubiertas amarillas, en la que resaltaban unas letras de finos trazos: **Melancolía.** Y una voz lenta, acorde, opaca y sedeña musitó:

El tren arranca lentamente. El pueblo viejo
tiene en sus grandes casas, sucias y sienciosas,
una opaca, doliente y suave caridad,
perdido entre las gasas azules de la aurora.
Se ven calles sin nadie, con las puertas
cerradas,
un reloj de la hora desierta y melancólica,
y en una pared última, cerca del llano verde,
vacila, polvorienta, una triste farola.
Llovizna. Algunas gotas mueren en el
cristal.
Los molinos de viento son vagamente rosas.
Huye más el paisaje... Y en la ciudad se
pierde
allá en el campo inmenso que un sol difícil
dora.
...Desde el lecho, abrazados, sin nostalgia
y sin frío,
fundiendo en una sola las ascuas de sus bocas,
dos amantes habrán oído, como en sueños,
este tren lento, largo de cansancio y de sombra.

2

Platero

—Me quedo con Miró y con Juan Ramón Jiménez, entre los prosistas de ahora. En otro sentido distinto, Valle-Inclán, Azorín, Concha Espina, Menéndez Pidal.

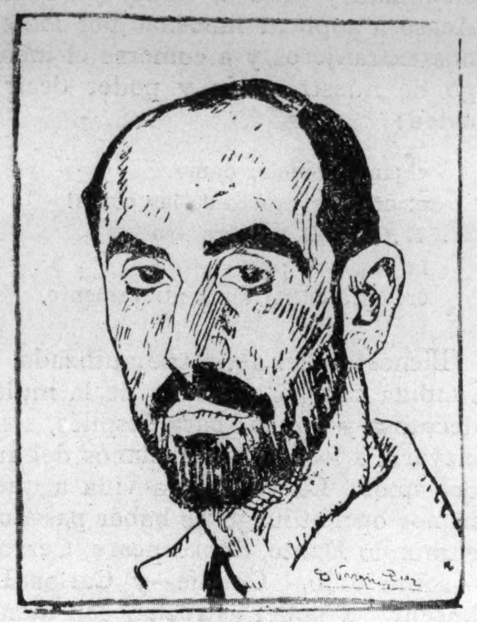
Me sondearon los motivos de la selección y yo no supe qué contestarles. Era una hora indiscreta. Un lugar indeseable. Paseando por una calle muerta, al ocaso, quizá hubiera soñado las razones. El desgrane de sones campaniles—¡aquella espadaña tan rítmica y tan angustiada de sol!—me hubiera ayudado. Sí, después de la nueva, encalmada lectura de **Platero y yo**, se afirma la afirmación. Más que lectura ha sido un perfume: una aspiración tenue de blanca veladura. Es la prosa nueva de hoy... y de siempre, aunque hasta hoy no se hizo. No se hizo porque los poetas de antes no escribieron más que en verso. Cuando trazaron sus prosas se ponían la careta del prosista: gacetillero, orador, novelista, crítico, comediógrafo. ¡Hubo tanta escasez de poetas! A través de **Platero y yo** hay una lágrima que se prolonga, se prolonga... Y unas estrellitas del cielo han bajado a rociarse en ella.

3

Epístola apasionatta

Amigo:

Quise huir esta tarde de la vida. Pero no podemos llamar vida a este entrecru-



Juan Ramón Jiménez

Retrato de *Vázquez Díaz*

Lección de poesía

= De *El Sol.* Madrid. 5-II-1933 =

Esta "Poesía en prosa y verso" (1), de Juan Ramón Jiménez, que se renueva ahora en volumen sucinto de limpia lectura, constituye un breve e irreprochable espicilegio de belleza. Segregada por mano de mujer, y de mujer propia—la mujer del poeta—, para los niños, aquí y acullá, con celo y tino singulares, de la obra en marcha del andaluz universal cansado de su nombre, es, a la vez que ofrenda entrañable y exquisita, vital norma segura y delicioso canon artístico que la sensibilidad infantil, horra de prejuicios seudopoéticos y de turbias reminiscencias, podrá absorber directa y adecuadamente. Tan plausible el designio como la realización, el éxito ha de ser cabal. ¡Un libro, y un libro perfecto, para los niños! Lección de poesía. Pedagogía insólita. Esperemos, pues, que los infatigables curiosos que cabalgaron ya gozosamente a lomos de "Platero" reanuden esta clara amistad y se aproximen de nuevo a la serenidad perennemente recién nacida y sin mancha del lírico de Moguer.

La publicación de una obra de Juan Ramón Jiménez, aun cuando esta obra no traiga consigo ninguna aportación inédita, como en el caso que da origen a estas líneas, es siempre un acontecimiento de interés sumo, que exige atención y gratitud, curiosidad fervorosa. Si existe en la España de hoy una vida absolutamente consagrada a la Belleza, esa vida es la de Juan Ramón Jiménez. Juan Ramón Jiménez, prototipo del artista cabal, vive y ha vido siempre, sin reservas ni efugios de ningún género, única y exclusivamente para su obra. Agradezcámoselo; aun cuando él halle en la rara virtualidad de ininterrumpida resurrección que lo asiste la compensación adecuada al perenne sacrificio. Porque, en efecto, si es verdad que Juan Ramón vive única y exclusivamente para su obra, no es menos exacto que su obra, toda su obra, la de ayer y la de hoy, la de siempre, vive asimismo en virtud de esa dedicación absoluta de

(*Pasa a la página 331*)

(1) *Poesía en prosa y verso* (1902-1932), de Juan Ramón Jiménez, escogida para los niños por Zenobia Camprubí Aymar. «Signo» Madrid. 1932.

ce sórdido de pequeñas y abultadas necedades. Es una tarde de luz fría y acerada. Escribo a usted aterido de melancolía, de sopor, de amargura. Antes he leído sus **Eternidades,** que me han hecho bastante bien. Yo quería saltarme la trivialidad y el desdoro, que ahora me ahogan más que nunca. Y no puede ser. Los garfios que prenden en el légamo español son irrompibles. La intención pura muere en un suspiro. La aspiración noble, en un sollozo. Al espíritu sano le desvanecen feroces berridos de alanismo.

Trajinar es penoso. Quisiéramos pasar, en alas de la luz, a los mundos luminosos: "ganar más luz al pensamiento". Porque esa lucecilla de estrella que anhela guiar nuestra consciencia se apaga y extingue por un soplo negro, de una boca negra, de una multitud negra, frenética.

Leí días pasados unas cartas de Carlos Liebknecht. Fué un mártir bueno del ala roja. Un corazón excedido, una inteligencia equivocada, una sensibilidad perdida. Eran las cartas dirigidas a su amada y a sus hijos, desde el frente, y, más tarde, desde la prisión. Ellas me dieron calor al alma desvalida, ellas me impulsaron a hermosos sueños de aventura. Ellas clavaron pena en el blanco de mi vida interior. Angustia, siempre angustia, por eso que usted canta, llora y reza:

Mis pies, ¡qué hondos en la tierra!
Mis alas, ¡qué altas en el Cielo!
—¡Y qué dolor
de corazón distendido!

Yo pensaba con timidez: estas cartas y esta vida de Carlos Liebknecht, para los **mejores** españoles. Y estas **Eternidades** de Juan Ramón Jiménez, para los peores españoles. ¡España! Por ella nuestra angustia, nuestro dolor, nuestra zozobra. Se hunde; usted lo sabe. ¿Siempre vivió hundida? Vejez sin juventud la de nuestra España. Porque aquellos años de la unicidad histórica fué un recosido de trapos sueltos, ya viejos y lamparosos cuando se tramaron con el bramante de la espada al servicio de los obispados no ciertamente cluniacenses, sino morabitos. Mas, al fin, grandeza.

Ya han pasado centurias desde que la anciana tierra cuenta uso de razón platónica. Vivieron muchos hombres en ella, regándola con el perfume de su humanidad. Dante, Shakespeare, Miguel de Cervantes. Sobre todo, Goethe. ¿Qué asimiló nuestra España de ese ígneo fluir mental y sensitivo? La honda pena acucia el ánimo y enmudece la voz de plata. Como usted es un poeta, por eso a usted acudo en queja, agónico de luz. Los postreros meses impurificaron a nuestros corifantes de la sabiduría, que eran disfrazados faranduleros de la política. Ahora se destaparon su antifaz de engaño. La voz de usted, ¿debe alzarse? Sí, sí, para nosotros cuatro—o cuatrocientos—que, contaminados, deseamos fervorosamente escapar de las ruinas pestíferas. Si usted no lo hace tendremos que huir.

Marcharnos de España. A un rincón donde haya sol y luz para nuestro corazón. Donde haya medidas palabras y rectas intenciones. A un rinconcito de serenidad y pureza, amor y civilidad. Acaso a suplicar limosnas por los caminos extranjeros y a comerse el mendrugo de nuestro afán y poder decir con usted:

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
...Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.

Bienestar del alma tranquilizada, confundida con las palabras de la multitud decorosa y limpia; para después, a solas, elevarla a los goces teresianos del arte y del amor. La verdadera vida a que tenemos opción luego de haber pasado por el mundo Dante, Shakespeare, Cervantes —sobre todo, Goethe—y Carlos Liebknecht. Y poder estrechar con ufanía la mano ufana de Paul Valéry.

Siempre fuí su amigo.

4

Poemilla del que leyó las Elegías

No le comprendían. El se expresaba torpemente con su timidez, con su pudor imponderable. Se le escarchaban las voces en los labios, porque deseaba volcar su alma inédita siempre que hablaba. Era feúcho y pobre, desmedrado y vulgarcillo. La ropa traspillada cubríale su carne pálida y floja. Le ardía el cerebro y en su corazón picoteaba una ronda de golondrinas. Nadie le huía; pero todos se mofaban de él con indiferencias, con irónicas atenciones. Como un sonámbulo caminaba por la vida, fija la mirada en su pena y en su tristeza. Anhelaba que le comprendiesen, y se le rompía el anhelo contra el eco árido de la vida.

Se tuvo que hacer amigo de los niños y de las estrellas, con amistad inefable y honda: como sus amarguras dulces. Los niños le atendían por las dulzainas de sus bolsillos, en tanto las niñeras le escupían sus miradas despreciadas. Le quisieron las estrellas por sus lágrimas—estrellas de su cielo—y por sus claros pensamientos recónditos. Bajaban todas las noches a apacentarse en su alma líquida y de cristal naciente. Allí rumoreaban en coro de caricias y danzar de aurora y amor.

Tendido sobre la colcha de flores —primavera y luna—murió un día soñando el Infinito. Aquel día que su amor no pudo conseguir el amargo desprecio del mundo que los hombres habían ensordecido. Como un suspiro, expiró.

5

Mar de retorno

(Nostalgia)

El mar del corazón late despacio,
en una calma que parece eterna,
bajo un cielo de olvido y de consuelo
en que brilla la espalda de una estrella.

Parece que estoy dentro
de la mágica gruta inmensa
de donde, ataviada para el mundo,
acaba de salir la primavera.

¡Qué paz, qué dicha sola
en esta honda ausencia que ella deja,
en este dentro grato
del festín verde que se ríe fuera!

Entre este verso y el que luego copio, ¿qué puedo yo escribir? El poeta viajó a Nueva York con un amor nuevo y vuelve a España con un amor renovado. El 7 de junio salía del puerto americano. El 20 de junio fondeaba aguas españolas. Mar de retorno. Allí había cruzado, en primavera, por la vida nueva de los franklinianos. Muchos altavoces dispares. Pero el poeta lleva en su cáliz de amor la primavera. Y con ella regó todos sus paseos norteamericanos. Portaba a su lado la primavera: la tenía metida en su cofre interior, y entre los dedos floridos de sus manos, y en el ojal del abriguillo, y en el negro de acero de sus ojos.

El **Diario de un poeta recién casado** ya es su libro que, en el tránsito, le empuja con calentura hacia el Andaluz Universal, que luego se hará el Cansado de su Nombre. Primer soplo en su ruta clarividente—que todos no la alcanzamos en **todo** — fué **Laberinto:** libro que yo guardo como recuerdo de oro, con unas cariñosas líneas de Juan Ramón Jiménez.

Por primera vez leí—leíamos—el **Diario de un poeta recién casado** en un pinar segoviano. Frescor de verano de sierra. Gateaba el **torpedo** por una carreterita sinuosa. Antes de llegar al Alto del León, en una rinconada, con umbría y fuente, colgábamos las hamacas: franjas blancas y azul marino en el verde agónico del pinar. En ellas unos amigos que buscábamos lo que nos había sorbido el cabaret madrileño y la venta sevillana. El grupo—ellos y las amigas de la colonia veraniega—en charla, kodak y lectura. Yo prendía mi sentimiento, muy resentido y arrepentido, en la ruta floreal y nostálgica—de luna nueva, de luna vieja—del poeta enamorado con su fijo desamor. Cuando una página me parecía **soberana** la ofrecía, en voz cansada, a los amigos. Ellos—¡como todos!—no prendían su gusto en aquellas **rarezas.** Sólo ella, en sus dieciséis años dormiditos, suspiraba: "Yo creo que ese libro es como la rosa a quien vamos despetalando poquito a poco; esa rosa que fué nuestfro amor en el búcaro del gabinete y en el testero de la cama que nos servía de lecho".

Hoy, yo, con clarines viboreznos en el gusto, roto y descompuesto, al acercarme de nuevo al **Diario de un poeta recién casado** no sé qué he sentido de regusto y de placer. Era como si la vida mala y sucia se me hubiera cortado, y ahora, mientras él me guiaba y atendía, caminase por un cementerito, nevado en el silencio de la noche, entre los sueños de los hombres que allí despertaron sus sueños al morir sedientos de soñación, que nunca desearon ni tuvieron.

(Dentro)

¡Patria y alma!
Y el alma también es como la patria,
perdidas, dentro, sus orillas dobles
en el oro infinito de lo eterno.

Una abriga a la otra
como dos madres únicas
que fueran hijas de ellas mismas,
en turno de alegrías y tristezas.

Todo y sólo está en ellas;
a ellas tan sólo hay que entregarlo todo,
de ellas tan sólo hay que esperarlo todo,
de la cuna a la muerte.

...Ahora que el cuerpo entró en su patria
el alma se le entra.
¡Así, bien lleno! ¡Así, todo completo!
¡Con mi alma en mi patria!

6

Tarde

(Fondo, de Beruete)

—Marta, ¿cómo pensó usted tan pocas veces en la muerte?

—Porque pensé muchas en la vida, que es gozo y alegría.

—Entonces... ¿Es usted feliz?

—Claro que lo soy, porque me lo propuse.

—¿Y ninguna vez llegó la tristeza a su alma?

—Sí. Llegó la tristeza, pocas veces. Una tristeza dulce, mansa, melancólica.

—Leyendo a los poetas, ¿quizá?

La clara brisa de la tarde de abril oreaba los rostros. Había un mantel de nieve y lino tendido bajo el ramaje de una encina robusta y joven. Sobre el mantel unos trozos de fiambre y un frasco de vino argandés. También un ramo de lilas y un libro de versos.

Rodeábamos el trozo de lino hecho nieve cuatro amigos: dos a dos trenzados por la ilusión de amor, aun recóndita y leve. Se recortaba la blancura gris de la sierra, en una línea quebradiza, sobre el añil puro del cielo castellano. Murmuraba un arroyo **aprendiz de río** cercano a nuestros pies. En el aire se columpiaban libélulas y desmentían a Newton los vilanos. Cruzaban, volatineros, los triguerillos pardos. Arriba descargaba, sobre la copa encinera, su flama encendida el sol caldeado. De la lejanía acudieron los sones del rebaño: cobre y canto. Leíamos:

Mi brazo rodeará tu mimosa cintura,
tú dejarás caer en mi hombro tu cabeza,
¡y el ideal vendrá, entre la tarde púrpura,
a envolver nuestro amor en su eterna belleza!

7

Aún hay Pirineos

"A mis cuarenta y dos años—y después de veinticinco de incesante trabajo con la Belleza—siento, pienso, veo claramente que ahora es cuando comienzo".

"Yo tengo escondida en mi casa, por su gusto y el mío, a la Poesía. Y nuestra relación es la de los apasionados".

—Queridos poetas: ¡decídmelo, ¿aun hay Pirineos?

8

Edición

Publicó 522 poesías, en un pequeño volumen, Juan Ramón Jiménez: **Segunda antología poética.** Es un florilegio selecto de entre sus treinta y dos libros poéticos. Poeta que trabaja todos los días, en silencio, recogido, huído del vozarrón de la calle, candente el pensamiento, despierto y angustiado el corazón.

Su oído recoge sonidos inapreciados, y su pupila absorbe luces y tonos ignorados. Y aquellos perfumes y sabores de las cosas, que jamás presentimos, acuden a su sensibilidad francos y en depurados límites. Es el poeta de los sutiles y delicados matices, de los agudos pensamientos ardientes. Transparencia y depuración. Un hacer y concluir lo hecho. Es el poeta de emoción **sencilla** y **espontánea.** Probad a sentirle. Quizá a su contacto notéis renovarse el aire de vuestro pecho, como cuando caminamos, cara al sol, por un sendero enfilado de acacias y jazmines. Mes de mayo, cuando zumban, melíficamente, las abejas: las abejas de Virgilio.

Francisco Valdés

1925 - 1932.

Lección de poesía...

(Viene de la página 229)

la voluntad del poeta a los brotes de su sensibilidad inteligente; una vida de asombro, total—diríamos biológica—, orgánica, que se articula y desenvuelve sin soluciones de continuidad, como dotada de la inaudita facultad de corregirse y de purificarse día a día, hora tras hora, sin arrostrar nunca, porque no hay por qué arrostrar un riesgo que puede eludirse, una forma aparentemente definitiva. "¡Cómo se agarra el pasado a los pies del presente, para no dejarlo ir sin él al futuro!", escribe el poeta. Quien asimismo anota: "Mi vocación de eterno está, como en el niño, en mi gran amor al presente". Como se ve, la tesitura de este lírico excluye la posibilidad del error poético ineluctable. El poeta y su obra viven sincrónicamente. ¿Versos de ayer? Son los versos de hoy, los que revive, recrea e incorpora a su felicidad cotidiana. Corazón concentrado, y no corazón disperso, el de Juan Ramón se desparrama inmensamente, pero coherentemente, por sobre su creación infinita.

La labor de un poeta es cosa harto más ardua de lo que suponen las gentes. Incluso individuos que se creen de excepción y que se imaginan versados en el secreto y pormenor de las letras por el solo hecho de ejercer de críticos ignoran profundamente las vicisitudes entrañables de un poema que aspira a ser perfecto. No creo que huelgue, tratándose de quien se trata en estas líneas, transcribir someramente esas vicisitudes.

Por lo común, el poeta lírico, demasiadamente dócil a las insinuaciones de su musa o consueta, se limita en su actuación inicial a trascribir, valiéndose de signos ortográficos el soplo sutil, ahiladísimo, que su numen —digamos numen—le insufla. En tal sazón, el poeta es un simple amanuense. Sin embargo, a seguida, descontentadizo, suele volver sobre este monstruo inicial, aherrojado en sus propias miserias para manumitirlo, y para manumitirse él al propio tiempo, de la obsesionante custodia. Veamos cómo se desembaraza el poeta de este engendro primitivo, cómo lo humaniza, cómo lo dota de viabilidad humana, transferible.

En principio, un poema es siempre una intuición cabal; nace, por ende, irreprochable, perfecto. Depurar un poema no es, pues, perfeccionar intrínsicamente un hallazgo, sino prescindir de las impurezas que la trascripción precipitada del tal hallazgo impuso. En rigor, el logro auténticamente poético es siempre una intuición o sorpresa personal, incomunicable. El poeta, al crear, se crea a sí propio, sin necesidad de exégesis ni réplicas ulteriores. Pero el poeta no es—ni debe ser—sólo poeta: al tiempo que poeta es hombre, y como hombre, se ve en el trance de discernir, de aprehender y de aislar su hallazgo; en el trance de escribir o trascribir lo sorprendido. Al llegar a este punto, el poeta no abdica de su rango; pero se sitúa al mar-

gen de sí mismo y cede su puesto al escritor. Y el escritor actúa como escritor y como lector conjuntamente. En esta coyuntura ya se discierne y se opta. Es el momento crítico de la existencia crítica, el instante "impuro" de la transacción. Porque se trata de una transacción. El poeta no claudica, pero transige. Se aviene a unas fórmulas. Se resigna a que su sosia o "álter ego", el escritor, aplique su oficio a improvisar una paráfrasis. Porque el creador, al margen, tiene ante sí el esquema poético esencial, sólo para él asequible, y tiene al propio tiempo en sí y sobre sí, aguijándolo, el deber, la comezón, y aun diríamos la urgencia, de trasferir su hallazgo. En esta coyuntura—realmente trágica—se hinojan los soberbios ímpetus del liróforo superhombre, y el poeta divino se trueca en escritor humano, y humanamente escribe, como mejor se le alcanza, pero a sabiendas de que lo que produce es sólo una versión aproximada, una facticia réplica del logro cabal que aun lo estremece. Esta tragedia íntima que acongoja y entenebrece el ánimo del lírico veraz ha de tener—y tiene—una compensación que nadie que no sea absolutamente obtuso se resolverá a discutirle: el derecho a decir exactamente lo que en un principio intentó y no pudo expresar de manera inconcusa; esto es, el derecho a corregir o depurar infinitamente, si así lo estima oportuno, la versión escrita de sus creaciones poéticas. Derecho que es además un deber, y un deber ineludible, y que no menoscaba ni en un ápice, contra lo que se afirma, la autenticidad del acento ni la espontaneidad de la creación.

Juan Ramón Jiménez lleva a colmo de perfección sin término esta labor tácita y entrañable, paternal. Allá con su conciencia literaria quien se lo censure. A un creador inteligente, consecuente—esto es, solvente—, por fuerza lo ha de preocupar y obsesionar el auge de su prole. Y no es que Juan Ramón Jiménez se aplique, con ceño y pergeño de censor, a la búsqueda de posibles errores e inexactitudes discurriendo a lo largo de su labor pretérita. Es que, como ya queda dicho, para Juan Ramón Jiménez no hay labor pretérita, sino obra en marcha, tensión continua de lírico vidente que recrea su obra porque se recrea en su obra; porque no se aviene a la fugacidad de sus mejores momentos, porque estudia, porque vigila, porque revive de continuo tales momentos con el designio de procurarnos un trasunto cabal de esas ráfagas de clarividencia absoluta que son la vida perdurable y en sazón del poeta.

Por desdicha, no todos los cultivadores del verso comparten este criterio riguroso. La técnica holgazana de "la inspiración intangible" cuenta, naturalmente, con muchos más adeptos. "La vida no admite correcciones", aseguran, con prestanciosa suficiencia, los sapientes y negligentes varones que son, según confesión propia, incorregibles. Allá ellos. Pero conste que la infalibilidad no es atributo humano. Y que esa tesitura, esencialmente antipoética, que adoptan los conspicuos de la haraganería sólo es parangonable con el concepto burgués de la caridad. Una y otra, en efecto, dan por buena y entrañan idéntica pretensión: la pretensión—horrenda—de que no se desperdicien los desperdicios.

En poesía hay que establecer distancias; a ser posible, distancias inmensurables. Una cosa es el latido cordial, que la inteligencia recoge, purifica y consagra, y otra, el corcovo del instinto, que la rutina aprovecha de oído con un consonante, inflándolo de retórica y dejándolo a la pública vergüenza rematado—esto es, exánime—en gerundiada o pampirolada insigne. El afán de precisión no es a la postre sino afán de verdad. Y de nada valen los subterfugios cómodos de la sinonimia. Una rima difícil exige una única verdad, sea o no consonante, y no un ripio. La poesía no es el reino de las hormigas blancas.

Hoy por hoy, no se concibe la existencia en bruto del juglar. Ni la realidad aparente del poeta seudocientífico. El intelecto rige los destinos cordiales del poeta. Pero el menester poético no consiste en extraerse del meollo ideas o sofismas que aconsonantar o asonantar, sino en dar evidencia intelectual, lógica, a sentimientos espontáneos, por lo común torrenciales y confusos. Esto es, utilizar la mente en una función noble. Lo primero es contrahacer estúpidamente un trabajo cerebral y ajaquecarse. Conviene distinguir, y se distingue a ojos vistas, la tersura auténtica, que es inmarcesible, y la tersidad del afeite, luz entre bastidores, ajadiza.

Juan Ramón Jiménez, lírico de matices, es "un lírico adrede", esto es, un poeta de minorías. "La decadencia de un artista—escribe el propio Juan Ramón—se anuncia casi siempre con su adopción de la perezosa idea: el arte para todos". Juan Ramón Jiménez no escribe para todos. Está en el ápice de su carrera lírica. Es aún un incomprendido "adrede". Sabe, como Niestzche, que la oscuridad de un autor puede ser un recurso lícito. Valiéndose de su oscuridad límpida, Juan Ramón se zafa de lectores indeseables. Cree todavía en la absoluta goethiana, según la cual "ningún buen libro puede ser saboreado y comprendido por quien no sea capaz de completarlo".

Y dejo conscientemente, para truncar en sazón estas líneas, una cuestión peliaguda, espinosa, que recuso y aparto de mí como una tentación inadecuada: la de influjo ejercido por Juan Ramón Jiménez en los poetas españoles contemporáneos. Sin embargo, ha de explanarse y estudiarse detenidamente esta cuestión, que suscitará, por desdicha, plurales reniegos. Hoy por hoy y para dar término a este artículo, baste advertir que en el Parnaso español de nuestros días no pocos líricos que se reputan astros de primera magnitud viven casi exclusivamente de reminiscencias juanramonianas.

Juan José Domenchina

CARTAS HIPERBOREAS

La agonía dictatorial

= *Colaboración directa.* Desde Montreal, Canadá. =

I

Este ensayo de interpretación no tiene otro objetivo que el indicado en el título. En ciertos períodos de la historia contemporánea el periodismo al día, a la hora, al minuto, no asume más que un interés informativo. Sus informaciones "de actualidad" — en fuerza de improvisadas,—adolecen de dos cosas nefastas: lo aventurado del juicio o su errada sentencia. De allí la poca seriedad de cierta prensa.

Es necesario en ciertos casos dejar pasar a través de estudios y de comparaciones, un compás de tiempo. Revisar estadísticas. Fijar hechos.

Hace ya siete años que en una serie de trabajos generales, bajo el epígrafe "El Apogeo de los Dictadores", presenté el panorama político-económico de entonces. Mussolini alcanzaba al vértice de la expectación pública; Primo de Rivera venía de asaltar desde la Capitanía General de la Cuarta Región la destartalada galera borbónica y con un grupo de soldados empuñaba el timón y asumía el mando, dejando bajo dosel, a proa, decorativamente, un rey-comparsa. Cardona fruncía el ceño trágico de Pildsusky sobre un Portugal aterrado. En los Balkanes, a los reyes absurdos de 1915 y su política extranjera, sucedían dictaduras de políticos ambiciosos con vista a Polonia o Italia. Y Turquía era sólo la voluntad heroica del soldado de Anzac, ese Mustafá Kemal Bajá, que desde un mando subalterno cuando la aventura franco-británica de Gallípoli, incorporaba en los linderos de Asia y de Europa el personaje de "hombre necesario" preconizado en las Américas indo-españolas donde ya echaba de nuevo profundas y nuevas raíces: se reproducía como una fibra cancerosa en una región del vasto cuerpo continental cuando parecía desaparecer de otro; pero con motivo de esa súbdita y casi general infección en Europa y en Asia, los hombres que viven mirando en el sur para el Atlántico o para el Pacífico desde un México militarizado hasta los tuétanos a una Argentina inesperada en los campos dictatoriales y que vuelve a sus goznes—comenzaron a justificar a punta de pluma y bajo postulados ya polvorientos en un viejo camino histórico que los trenes del tránsito moderno habían dejado de utilizar por sus accidentes y sus baches, la necesidad del "hombre fuerte", del llamado "buen tirano" que fueron a buscar, mutilado arbitrariamente, de entre una frase de Renán.

La dictadura española embarcaba su embajador para Buenos Aires; Italia despachaba su propaganda y perseguía por mano de la policía francesa a sus adversarios que no se pudrían los huesos en las islas Lipari. Alemania, Francia, la Gran Bretaña y otros países del Norte de Europa—atacados y todo por movilizaciones de opinión nacionalista o desbordes de socialismo extremo—apenas demostraban la relativa ventaja del régimen parlamentario. Y la Libertad, "esa cosa putrefacta", según Mussolini, parecía querer personificarse en una sucedánea suya, espuria, bajo el pretexto de la representación "gremial" frente a la simple verdad del universal sufragio como base eterna de la democracia.

En el noreste, todo blanco de nieve exterior, todo rojo en su interior como crisol que opera, los extremistas "moderados"—unos mencheviques bolsevisados—vendrían a quedar desplazados por el ímpetu arrollador del partido de minoría comunista gubernativa con Trotzky "el táctico", que se amparaba

tras la interpretación de un falso Lenine, ese teórico que le hiciera sonreir de piedad en los días tremendos de la caída imperial. Cerrando la parábola trunca, Kemal Bajá, Mussolini, Pildzusky y el Secretario Rojo—con aparente desemejanza, pero en íntima identidad del fenómeno—dábanse la mano con dictadorzuelos menores y marchaban a invadir de opinión favorable el Centro Continental formando un vasto paréntesis apenas abierto en las bocas del Báltico. No se perfilaba todavía von Papen tras los anteojos inseguros del Canciller Bruening.

Si se toma el mapa de esa fecha y se traza un semicírculo desde Lisboa, dejando comprendida en el trazo a España, Italia, Turquía y Rusia, va casi a cerrar el anillo en el litoral báltico, es trechando en su seno hacia el canal inglés las masas densas de la población continental. Era, pues, y así lo llamaba entonces, "el apogeo de los dictadores".

Al margen de la geografía político-económica de Europa, anotaban los tratadistas el "estado social de estos países" que necesitan "libertad bien entendida" o ese "cross-word puzzle" divertidísimo del "cesarismo democrático" que extrajo un oportunista desde los títulos de disloque, sintáxico e ideológico de un olvidado Felipe Trigo y su "Socialismo-individualista". Así surgió desde Cuba hasta Buenos Aires el fascismo tropical y sub-tropical. A Irigoyen le llamaban "el hombre" y supongo que pronto tendrán que llamar al que le suceda "el otro hombre".

Los adversarios o disidentes de tal estado de cosas — "L'état de choses" del impetuoso tarasconés—tomaban por su parte una posición no menos absurda y empírica que los gubernamentales: era necesario sovietizar el trasnochado concepto burgo-liberal; y al extremar su ataque contra una especie de centro "moderado" en que se refugió la parte conservadora del liberalismo, automáticamente los sovietizantes que querían "capturar el poder"—según la expresión que creó Trotzky—venían a darse la mano con los reaccionarios desalojados del gobierno y de la influencia inmediata sobre las masas. Debajo de todo ello estaba el desajuste económico del mundo al pasar grandes lotes de riqueza de unas manos a otras y quedarse en algunas y la mentalidad tímida que hizo derivar a los liberales o conservadores-liberales—producto de las coaliciones "patrióticas" heredadas de la guerra hacia campos estrechos de "nacionalismo". Algunos sectores se consolaban con un socialismo vago a fuerza de amplitud en el que flotaban conceptos que no eran novedades allá para la época en que terminaba la guerra franco-prusiana y suspiraba el poeta de "Orientales" por esos Estados Unidos de Europa que han sido enterrados ayer junto con él, con el cadáver del señor Briand.

Se daba naturalmente—y se está dando — el fenómeno de siempre: cuando ya en Europa se ensayó una cosa y se desechó o se comenzó a usar con más moderación, América—"Nuestra América" como decimos algunos de un continente y sus islas en donde con raras excepciones no hay un palmo de tierra en el que persista una libertad siquiera "decente"—nuestra emancipada América que "aun reza a Jesucristo y aun habla en español" cayó en pleno furor imitativo: y comenzaron los "mítines" con mazo de madera, y no hubo mozuelo imaginativo ni señorito ocioso ni anormal inquieto o simple presuntuoso que no sintiera la necesidad de declarar enfáticamente: "hasta ahora nadie ni nada sirve"... "es necesario que el proletariado despierte, etc." "afrontemos el problema económico".

La palabra mágica **eco-no-mía** tomaba para la ingenua multitud un aspecto de evangelio, aplicándola lo mismo al "nefando régimen anterior" que al inmediato conflicto policiaco.

¿El problema económico? ¿Cuál? ¿El que han "resuelto" en Moscú con el plan quinquenal, el que querían resolver en España con las algaradas andaluzas, o el que están resolviendo los "demócratas" en los Estados Unidos Saxo-Americanos con su "asignado" y en vacación bancaria para mistificar lo que es simple, clara y llanamente el abandono del patrón oro? Quede esta respuesta para dentro de poco.

Sólo resta destacar cómo en lo que viene del 1922 para acá—o sea los doce años que llevo de presenciar en el extranjero día por día el desenvolvimiento de las tendencias en juego: un poliedro de contradicciones ideológicas gira de derecha a izquierda y viceversa.—Ya hacia el bienio 1926-28 se popularizaba la tendencia a ridiculizar lo que el espíritu de la libertad humana ha consagrado y que es lo único que permanece desde los días más remotos de la historia de la civilización: el individuo dentro del estado. En el primer caso están **en el estado** los que residen en su recinto jurídico pero ni lo sienten ni lo viven; luego vienen **contra** él los anarcoides, los pseudo-rebeldes, los sectarios de la última doctrina que les llega a manos, los socialista extravasados: y **sobre** el estado están los déspotas, los individualistas de toda denominación, esto es, los "dictadores". **Bajo** el estado ("camouflage" de la forma anterior, ampliación limitada del individualismo) la política de grupo, el comunismo-doctrina sacado de sus casillas naturales y convertido en rebañismo, tendencia a aborregar masas haciéndole creer a cada individuo ingenuo que por el hecho de poder llamar "camarada" a los jefes del partido o a los magistrados electos **del seno** del partido, son otra cosa que lo que efectivamente siguen siendo: comparsas de fraseólogos o carne de ametralladora para los policiacos burgo-dictatoriales, que a su vez, por ser la agresión organizada, imaginan representar "el orden".

Cosa senil e insensata negar la trascendencia de la doctrina marxista en su alto sentido histórico y en su incuestionable influencia presente; pero aun lo es más pueril y absurdo forzar reajustes de tapas de evolución **que no corresponden entre sí.** Es querer montar una maquinaria de operación y afinamiento con piezas rudimentarias y deterioradas de esa misma máquina en su período iniciall. Y cosa curiosa: tanto los que lo atacan en general como lo que se dicen comunistas no saben de lo que se trata. Así, la teoría que un tiempo sorprendiera cuando Henry George consagraba **a la tierra** deidad económica definitiva, vuelve a surgir ante la estolidez de quienes la combatieran ayer.

Si a ello se une la devoción falsa a tendencias diversas que no se pueden ensamblar como el "socialismo" de Hitler en su programa "nacionalista" antisemita, medio-eval de "el hombre alemán" **frente** al estado, su interés, su defensa, para degenerar en "fascismo", tenemos el panorama actual de las izquierdas dislocadas que van buscando al opuesto lado un equilibrio ilógico... O el asalto en las tinieblas. De ahí que en los partidos conservadores extremos "il duce", símbolo carnal del estado-imperio, se da a mano con "el líder" ese mito enterrado en la plaza cuadrada de Moscú.

La Europa constitucional y parlamentaria reabsorberá estas exudaciones de la máquina del estado en sus diversas piezas orinecidas por las salpicaduras de sangre de una guerra infame, y cuando el problema que ya vaya resolviéndose en el viejo mundo se plantee en el nuevo,—tardando algo más como siempre el restablecimiento—se impondrá al fin por imperio biológico, único factor que no ha sido ni puede ser desvirtuado ni por los idealistas esotéricos ni por los materialistas sistemáticos, que blasfeman del romanticismo y llevan las melenas y los ojos del pálido joven anarquista que fué tipo de moda entre los descendientes de las guerras napoleónicas.

Estudiamos ahora, en líneas generales, la repercusión de estas circunstancias en nuestros países cuyas clases informadas siguen—aunque se empeñan en negarlo—inspirándose en la Europa "fracasada" e influyendo en forma personal en regímenes personales para apoyarlos o para combatirlos, siempre con el ojo puesto en movilizaciones de opinión del viejo continente que las más de las veces juzgan erradamente... O aciertan a interpretar cuando ya se desecharon en la práctica.

José Rafael Pocaterra

El hombre nuevo

(Otras reflexiones sobre el tema)

= Envío del autor. San José de Costa Rica =

(Véase la entrega anterior)

Si observamos estos últimos tiempos de atmósfera febril, pareciera como si aquella visión abominable que proclamó la bancarrota de la ciencia en aras del sectarismo religioso, hubiese recobrado su boga—no menos grande por efímera—, y que tanto ayudó en las postrimerías del siglo pasado al proselitismo católico, encabezado en su aparente filosofía por el Profesor Brunetiére, panegirista de la sabiduría del Pontificado.

Pareciera igualmente que la perpetua incógnita, — "de dónde venimos?, a dónde vamos?"—, se arraigara cada día más hondo en las conciencias débiles, despertando recelos acerca de una eficiencia humana capaz—por ella misma — de ponernos al alcance de los destinos superiores; y se diría que con Berthelot, el adalid del predominio de la razón, estuviesen nuevamente al capitular en sus reductos las ciencias experimentales,—con todo y sus preciosas conquistas—, frente a la conformidad del sentimentalismo, o frente a los ingénuos señuelos salvadores que ofrece la quimera.

Se diría que así también como allá en las trincheras, el hombre,—puesto a prueba de tormento y de horror—, flaqueó en el sostén de sí mismo, apelando a las fortalezas de la mística—, así hoy que de nuevo palpa su angustia y su impotencia, se revuelve otra vez contra sus propios sistemas, en un ímpetu de abolición que lo anonada. Y si lo anonada no es tanto por el hecho mismo de sus actuales renunciaciones de confianza, como porque ellas no se acogen a ninguna fe, ni subjetiva ni objetiva.

No alcanzan a ver las multitudes ávidas de renovación, que toda renovación supone —huyendo el caos—, la preexistencia de un ánimo creador, en espíritu, capaz de forjar el material de la reconstrucción.

¿Qué podríamos construir de sólido los hombres sobre este ambiente de anatema? ¿Qué cosa no será deleznable y pasajera, si la hemos de confiar a los asechos del egoísmo y del recelo imperantes?...

———

Y si queremos salir del impase a que nos ha llevado el descrédito de los ideales positivos, fuerza es que a ellos volvamos, por acto de conciencia; de una plena conciencia llevada por todos y cada uno hacia el ideal del hombre por el hombre, en cuerpo y en razón, en ciencia, en religión, en política, en arte, en filosofía; por obra de una noción enemiga del absorbente sentido individual.

Hora es de que nos divorciemos de la lucha de credos, no menos que la de vanidades y codicias. Estos credos rebajan su misma dignidad al combatirse por encono; y por ahí se esterilizan en su afán de persuación.

Si todos esos credos han nacido del amor a la especie, —en el regazo de la fe mística o de la razón experimental—; y si todos van tras un mejor destino colectivo, por qué entonces, hermanos como son en la esencia del ideal, han de aniquilarse por el choque anodino de su orgullo de tesis?

———

Defendamos la ciencia,—por encima de todo—, a pesar de las impenetraciones del arcano; más que por su maravillosa medición de las órbitas siderales, defendámosla por su evolución progresiva hacia el mejoramiento de la condición de los hombres.

Defendamos también la fe sencilla, la misma que abatió en la Roma pagana el poderío de la bestia, por el conjuro de la Cruz.

Es más: aunemos,—ya que posible fué para el alma de Pasteur—, aunemos entrambos sacerdocios; y así los sabios no se sentirán perplejos al inquirir sobre el misterio del protoplasma o la célula primitiva; ni quizá los místicos se verán confundidos ante las puerilidades del génesis bíblico, ni ante Claude Bernard y su hallazgo de la realidad antropológica.

Y puesto que la ciencia y la religión llevan—en su distinta creencia—un norte fijo de superación por el hálito de la fe, qué más da que vayan por sendas diversas, si ambas no se bifurcan en el designio de apresurar el bien?

Ni Sócrates, padre del examen; ni su discípulo Platón, el padre de la excelsa utopía llegaron a reñir la batalla de sus métodos; y de aquel consorcio de fuerzas desemejantes, en unidad surgieron el ideal analítico y el ideal político, dos fuentes próvidas en sabiduría.

¿Acaso Jesús, el vidente que sobrepasó aquellos ideales por el ideal más amplio de su ejemplo de amor y sacrificio, acaso puso jamás sus ojos en los debates del escriba?

———

Abandonemos pues el dogmatismo recalcitrante, hombres de ciencia, hombres de religión! Que cada cual caliente su propia fragua. Que cada cual a su manera y por inspiración de sus potencias espirituales, palpe la necesidad de un mayor aliento hacia el destino humano, dentro de una autoescuela de filosofía y acción altruístas, no importa el molde, no importan los sistemas.

De si el mal social no se ahuyenta, — la guerra, por caso, o el crimen, o el diario desmán contra el derecho natural,—así se borre la huella de sus actuales explosiones. Si en el ánimo de los hombres vive latente el impulso lesivo,—latentes el odio y la concupiscencia —, desdeñemos entonces la nimiedad de una fórmula objetiva que nos redima. La guerra, la opresión, podrán transformarse en su estilo de concepto o de modalidad; pero han de sobrevivir, como la mala yerba, a los mejores propósitos de extirpación por el tallo.

———

No anda lejos del hombre la panacea que ansía. No acertará con ella, sin embargo, si no se la imagina incorpórea, como todas las fuerzas imponderables; o si no la quiere oculta en sí mismo como un efluvio, como un destello de la conciencia superior. Busquen los hombres en el secreto de su dualidad sensitiva el triunfo de la corriente generosa; y habrán cesado allí mismo sus desesperanzas. Tal será su alivio, que si una vez lo sienten, nada podrá luego contra ellos el mandato del instinto.

A ese fin no cesamos de reprochar por igual a los sabios, a los sacerdotes, a los magistrados de la justicia y del poder,—a todos los que apacientan o encaminan una grey,—que sólo acudan a la solicitud de su interés, su vanidad o su pasión en las disciplinas del rebaño. Ellos fomentan así — con la miseria moral y material de los pueblos,—el resuello del odio y la disolución.

———

Vuelvan los hombres del gobierno social sobre sus pasos. Vuelvan al ritmo de sus grandes deberes trascendentales, y se habrá esfumado por siempre la ruina del espíritu humano, bajo el reino de la nueva salud universal.

A estas fechas un hombre solo,—se diría que providencial—, viene trazando los primeros jalones de la era de luz.

¡Que los hados propicios lo asistan!...

Víctor Guardia Quirós

Un nuevo Chopin...

(Viene de la página 228)

que se es revisor. Hay que embellecer el trabajo de otro revisor, y así sucesivamente".

La Oxford University Press ha descubierto un nuevo Chopin. El Chopin auténtico. Los amigos de la música tienen que agradecérselo, sobre todo lo que ya deben a la inteligencia de esos editores. Añadamos, sin más comentario, que la edición aparece en catorce cuadernos o en tres volúmenes, éstos al precio de 13 chelines y medio.

Adolfo Salazar

Una enfermedad del banano

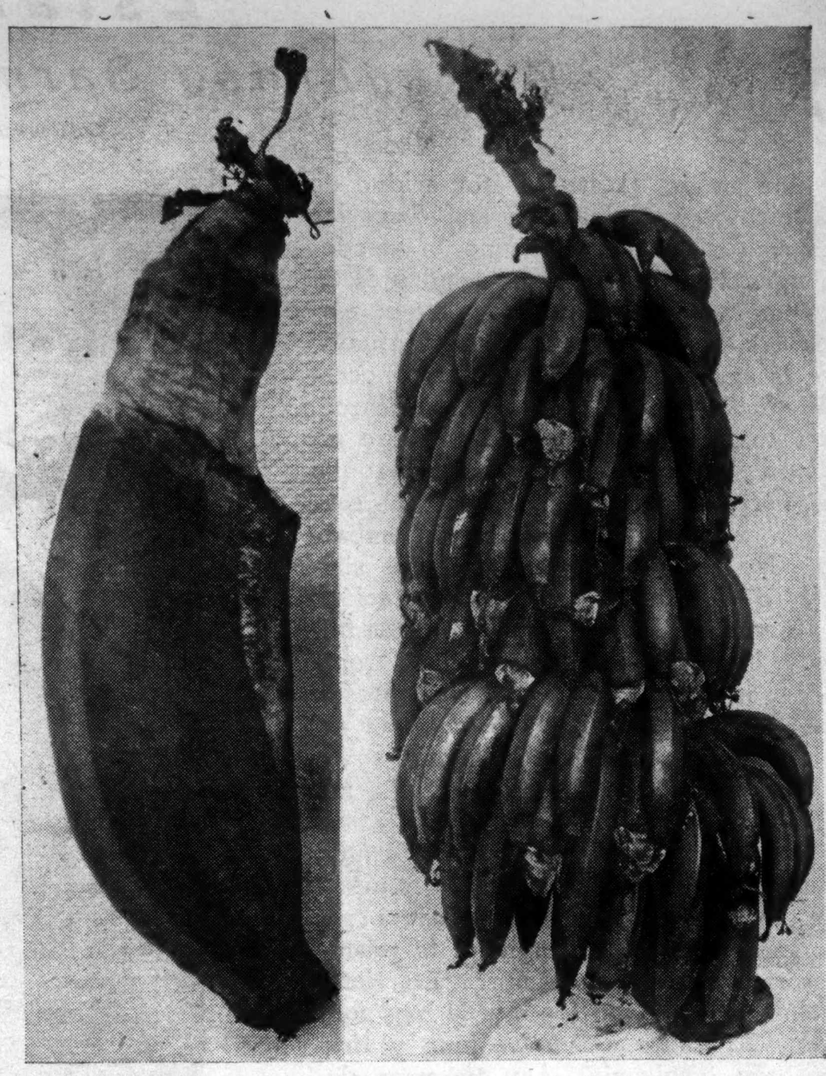
Por C. PICADO T.

= Envío del autor. =

Desde hace algún tiempo comenzamos a notar en los bananos de los alrededores de San José una enfermedad de la fruta que, posiblemente, por su poca frecuencia anterior ha pasado desapercibida. Hasta la hora actual no parece tener importancia económica ya que los bananos atacados son los que crecen en la altiplanicie del país y ser éstos, los de menor valor comercial. En algunos lugares, sin embargo, el porcentaje de racimos enfermos es grande y en estos racimos hemos encontrado, a veces, hasta treinta y tres por ciento de frutas echadas a perder. Como en algunos racimos de los que envía al interior la United Fruit Co., hemos encontrado el daño, ello nos hace creer, sea en un brote esporádico, sea en un comienzo de diseminación de la enfermedad. En cualquier caso, creemos que el hecho no debe pasar desapercibido y, sin perjuicio de ulteriores publicaciones, deseamos desde ahora hacerlo notar, tanto más, cuanto que los plátanos, a veces, son también atacados.

Cuando los bananos no están aún en sazón comienzan a morir por desecamiento progresivo de la extremidad. El daño provoca la maturación precoz del fruto y entonces tenemos la apariencia de algo que no podemos comparar mejor, que a un puro a medio fumar cuya ceniza aun no ha caído; en efecto, al concluir la corteza sana se ve un ribete negro, como carbonizado, seguido inmediatamente de una banda color gris puro de ceniza, luego siguen bandas onduladas y concéntricas, apenas perceptibles, de color gris ocráceo, que se terminan en la punta renegrida en que cassiempre quedan, también renegridos, restos de la flor. Esta apariencia de ceniza, sugiere algo de naturaleza ténue y deleznable como ella; pero no hay tal, parece hecha de barro desecado. A veces las puntas de los bananos revientan, otras veces es la corteza. En otras ocasiones la parte desecada cae, quedando pendientes los bananos tronchados.

Daños parecidos en los bananos de la región Caribe han sido atribuidos a un hongo *(Gloeosporium musarum)*, que produce: sea, puntas negras, rayas negras, o manchas negras. De todos los casos examinados, aislamos siempre un hongo cuyas conidias hacen creer que es un *Gloeosporium*, pero cuyos conidióforos ramificados, lo apartarían del género. Hemos enviado muestras a Europa con el fin de obtener la correcta determinación.



Bananos enfermos

(A la derecha racimo con 30 °/o de frutos dañados.—A la izquierda fruto con extremidad desecada y corteza reventada).

(Trabajo del Laboratorio del Hospital de San José, C. R., mayo de 1933.)

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Estampas

Del sabroso Sarmiento anecdótico

= *Colaboración directa* =

Este amigo nuestro, lector asiduo de Sarmiento, nos señala en las **Memorias** del gran edificador argentino, la anécdota siguiente: "Entre otros accidentes en la derrota del Pilar, me encontré de manos a boca con un escuadrón sanjuanino de **azules.** El trompa al reconocerme (iba prisionero): — "Ah!, pícaro", exclamó blandiendo el sable sobre mi cabeza, "te **acordais** de los palos que me distes en Jachal!..." Vaya que esta vez la muerte se presentaba sin embargo. No creo que fuese artificio, sino respiro de aristócrata mi contestación: —"Si vuelvo a ser tu jefe y cometes faltas, te he de dar otra paliza..." El trompa era mulato y había sido sirviente de doña Martina Carril. Oyó al amo y no al jefe y tuvo miedo de levantar sobre él la mano... Agradezca... Y me salvé".

Comenta nuestro amigo: "Es una gran anécdota, digna de sacarle punta". Ciertamente, es una gran anécdota, pero, ¿acaso no es en pequeño la misma historia del esclavo escita? En Herodoto la han hallado los que la han contado. El escita se vuelve amo y tiraniza con insolencia. Un día para domarlo alguien recuerda que el látigo infundió en el alma del escita la sumisión del esclavo. Entonces se levantan millares de látigos contra las espaldas de los escitas y de amos agresivos se tornan esclavos apocados. La tarea terrible del esclavo reaparece en las generaciones escitas y cuando han cobrado personalidad y se sienten fuertes y quieren defenderse de la conquista, el chasquear del látigo los abate. Lo mismo que el trompa de la anécdota de Sarmiento. El trompa había sido sirviente de Sarmiento y había recibido látigo y puntapié para corregirlo. Los azares de la vida tan amigos de engañar al hombre, hacen del criado un señor de posición militar. Como señor va a las batallas y como señor se enfrenta con Sarmiento cuando éste cae prisionero. Como señor grita al antiguo amo y le ofrece palos y castigo. Parece libertado de su pasada condición de sirviente y de mulato. Pero la tara no se ha borrado. El trompa sigue siendo un desgraciado a pesar de sus conquistas militares. Sarmiento debió recordar a Herodoto cuando dijo al trompa insolente: "Si vuelvo a ser tu jefe y cometes falta, te he de dar otra paliza". El escita apareció en el alma del militar y acabó con sus bríos.

La historia vuelve, una y mil veces, a repetirse en esta humanidad escita. No puede el que lleva la tara fatal libertarse de ella y en cuanto escucha el látigo acaba su orgullo. Ser escita es la condición más infeliz de la persona, porque la voz de mando la da tarde o temprano el amo. Ser escita es convertirse en altanero, es revivir los ultrajes acumulados en el fondo de su alma y echarlos sobre los espíritus libres. El escita, como el trompa de la anécdota de Sarmiento, crece en poder, pero no en libertad. Todo en él es fachada. Por eso cuando conquista puesto de mando despliega una fastuosidad que lo haga ver temible y grande. Necesita imponerse y si lo cubren atributos militares, no tiene confines su agresividad. El escita militar es la humillación mayor que puede sufrir un pueblo. La anécdota contada por Sarmiento revela a qué grado de desventura trata el esclavo escita de llevar la inteligencia. Sarmiento no era para el trompa el argentino de inmensas capacidades creadoras que estaba haciendo, sacándose de su entraña una patria. El trompa no veía sino al antiguo amo que lo había azotado para hacerlo persona. Sarmiento en manos del esclavo escita era el estropajo a quien había que dar trato de desgraciado. La mentalidad del trompa es la misma mentalidad del escita con grado militar. En cuanto precisa acabar con la inteligencia el trompa está listo e inquieto. Chato y canalla no tiene respeto por la inteligencia. Para él lo deseable es el rebaño que no da unidades que sobresalgan.



D. F. Sarmiento

Pero no hay que permitir que los trompas tengan dominio sobre las naciones. Recordemos la tara que los ata a su esclavitud perenne, a su esclavitud eterna. Cuando nos quieran arrebatar la inteligencia volvamos al látigo y sacudámoselos fuerte para que sangren y se abatan. De lo contrario se impondrán y seremos víctimas de esa humanidad oscura. ¿Qué habría sido de Sarmiento si no alza sereno y fuerte el látigo contra el trompa? Se habría impuesto el trompa y Sarmiento habría perecido bajo aquellas pezuñas salvajes. Y es que no podemos dejar que los escitas nos devoren. La milicia les da mucha mayor insolencia y destrucción. Pero en nuestras manos libres está abatirlos. Son chatos y no hay que olvidarlo. Son escitas que continúan siendo esclavos y ésta es la clave para destruirlos.

No lo olvidemos: el escita militar es la calamidad mayor de un pueblo, porque desbarata la inteligencia. Es feroz con esa ferocidad de bestia que no tiene nada que respetar. Lanzado a destruir, destruye sin contemplaciones. Pero como lo sabemos, el deber nuestro es tratarlos como a esclavos chasqueándoles el látigo que les revive su condición de sumisos. Guerra contra los trompas que son los vástagos de los antiguos escitas esclavos. Guerra dura contra los trompas que quieren acabar con la inteligencia para hacer ellos de amos de naciones. Si no hacemos guerra al escita estamos condenados a perecer. Y el dilema es: o el dominio para la inteligencia, o el dominio para el trompa. O el dominio para crear, o el dominio para continuar la tiniebla.

Juan del Camino

Costa Rica y junio de 1933.

INDICE

CON EL ULTIMO CORREO: